

~~3-12-7~~

~~3650~~

3-7-11

8070



# BOCETOS Y BORRONES

DE BOCETOS Y BORRONES.

## STRENGTHS AND LIMITATIONS

The present study has several strengths. First, it is the first study to examine the effects of a 12-week, low-intensity, supervised walking program on the physical and psychological health of older adults with mild cognitive impairment. Second, the study included a comprehensive battery of physical and psychological measures, providing a detailed assessment of the program's impact.

Third, the study used a randomized, controlled design, which helps to minimize bias and establish a causal relationship between the intervention and the outcomes. Fourth, the study included a diverse sample of older adults, enhancing the generalizability of the findings. Finally, the study was well-conducted, with a high level of adherence to the protocol and a high level of data integrity.

There are several limitations to the present study. First, the study was a short-term study, and the long-term effects of the program need to be investigated. Second, the study did not include a control group, which may have affected the results.

Third, the study did not include a measure of cognitive function, which would have provided a more comprehensive assessment of the program's impact. Fourth, the study did not include a measure of quality of life, which would have provided a more detailed assessment of the program's impact on the participants' overall well-being.

Finally, the study did not include a measure of adherence, which would have provided a more detailed assessment of the program's impact on the participants' behavior. Despite these limitations, the present study provides valuable insights into the effects of a supervised walking program on the physical and psychological health of older adults with mild cognitive impairment. The findings suggest that such a program may be a beneficial intervention for this population, and further research is needed to explore the long-term effects and mechanisms of action.

# BOCETOS Y BORRONES

POLÍTICOS Y LITERARIOS,

POR

M. OSSORIO Y BERNARD.

Precio: Una peseta.



MADRID.

IMPRENTA DE JULIAN PEÑA,  
Calle del Olivar, núm. 22.

1873.

los dos principales agentes de la actividad humana.

Pero, cosa rara, ambos impulsan al mismo fin, y, no obstante, casi nunca marchan juntos.

Por un olvido inconcebible, la necesidad no piensa en el capricho y el capricho se burla de la necesidad.

El hombre que abusa de cualquiera de estos elementos cae forzosamente en el otro.

Si la necesidad vence al hombre y le obliga á producir con exceso, bien pronto origina la riqueza y con ella la manifestacion del capricho.

Si el capricho domina al hombre, lanzándolo exclusivamente al consumo, mas pronto todavía llega la necesidad.

De otra manera: por el camino de la necesidad se llega á la riqueza y á la satisfaccion del capricho; por el camino del capricho se cae en la necesidad.

La ciencia económica se encarga de sostener el equilibrio entre ambos agentes: alecciona para la produccion, facilita la circulacion de los productos y asiste á su consumo, ó mejor dicho, á su trasformacion, porque la facultad

de destruir solo reside en quien tuvo la de crear.

Para producir es necesario trabajar.

La riqueza que espontáneamente produce la tierra no puede bastar á las necesidades del consumo, sobre todo desde que pasó de moda el vestido usado por nuestros primeros padres en el paraíso: la inocencia.

El trabajo podrá ser mayor ó menor; lastimar los brazos ó cansar el cerebro: pero sin trabajo no hay produccion ni posibilidad de satisfacer las necesidades materiales y morales del individuo.

Un filósofo ha dicho: trabajar es rezar.

Los economistas dicen: trabajar es producir.

El cristiano añade: trabajar es creer.

El trabajo es efectivamente el verdadero símbolo de la union de Dios con el hombre; el atributo característico de su progreso, la fórmula mas exacta de sus deberes, como la promesa mas clara de la realizacion de sus derechos.

El trabajo impuesto á la humanidad, en cabeza del primer hombre, no lo fué en señal de penitencia, sino como signo de redencion.

El trabajo preside la marcha de la humanidad desde los primeros tiempos. Se aplica al cultivo de la tierra y á la explotación de las aguas; crece con la industria fabril; lleva su influencia á los lugares mas remotos en alas del comercio, y cuando ve satisfechas las necesidades físicas del hombre, le advierte el amor que debe á sus semejantes y le indica la manera de hacer que fructifique. Entonces empieza á cultivarse bajo su amparo la inteligencia, nacen las bellas artes, y estas, en union de la música y la poesía, dulcifican los instintos del hombre y crean, para satisfacerlas inmediatamente, las necesidades de su alma.

El trabajo, uno en su esencia y múltiple en sus manifestaciones esternas, es tímido en los pueblos primitivos, confiado en los siglos medios y arrogante en la época actual.

Desde la faena del esclavo hasta los insomnios del sábio, el trabajo ocupa la inmensa série de manifestaciones de la actividad humana.

En el órden de los tiempos cierra las puertas del pasado y abre las del porvenir.

Como base social constituye la primera familia y motiva la tribu primitiva.

Como elemento religioso acerca lo creado al Creador.

El trabajo infunde aliento al desesperado, consuela al triste, emancipa á la mujer y rompe la argolla del esclavo.

El ha hecho que el hombre se enseñoree de la tierra y del viento, del fuego y del agua. Los elementos se inclinan ante el poder del hombre y proclaman su victoria encerrada en una sola palabra: Trabajar.

Las teogonías gentílicas, como la religion cristiana, los códigos morales y políticos imponen al hombre la obligacion del trabajo.

Quien lo descuida se aproxima al vicio y acaso á la desesperacion.

El motiva el grandioso espectáculo de las sociedades modernas, con la infinita variacion de sus conquistas en todos los terrenos, desde el cultivo de los campos hasta las demostraciones de la filosofía.

Sus sacerdotes son Arquímedes, Cristóbal Colon, Guttemberg, Montgolfier: su principio y su fin la Divinidad.

La azada y la rueca llenan las primeras páginas de la historia del trabajo: el libro completa la mision del hombre.

La observacion práctica hace agradables los primeros pasos del trabajo; las reglas nacen de dicha observacion y engendran posteriormente las verdades científicas.

Una vez proclamada la ciencia, el hombre contempla el camino que ha recorrido en su gigantesca marcha y bendice el trabajo como el símbolo de su redencion.

La fé y la esperanza se encierran en la benedicion aquella.

## II.

Preguntaban á un sábio qué cosa era la mas pequeña, y contestó que un grano de trigo.

Preguntáronle á continuacion cuál era la mas grande, y su respuesta fué la misma.

Para comprobar su primera respuesta basta examinar el tamaño material del grano de trigo: para hacer ver la exactitud de la segunda es necesaria la reflexion. En un grano de trigo se encierran efectivamente elementos industriales de tan altísima importancia como el gluten y el almidon, y ante todo, y sobre todo la blanca harina que constituye el primer alimento material del hombre en la forma de

pan ó pastas, y el pan espiritual que alimenta y fortifica su alma bajo la forma de la hostia consagrada.

Los elementos combinados dieron origen al primer grano de trigo : su reproduccion quedó desde entonces encomendada al trabajo del hombre.

El grano de trigo cierra el primer período de la vida de la humanidad. El hombre que errante sobre la tierra buscaba su alimento en la destruccion de los tímidos animales primero, y en la conservacion de los mismos despues, tuvo mas seguro sustento y mas tranquila existencia, dedicándose á multiplicar con su cuidado las rubias espigas del trigo, que cuando llegan á estar en sazon se doblan por su propio peso, como invitando al hombre á que las corte de su tallo.

Su trabajo se ve entonces recompensado. El sudor de su rostro no ha sido perdido.

La sagrada promesa hecha por el Creador á la criatura, alcanza su mas perfecto cumplimiento.

*In sudore vultus tui vesceris pane  
donec revertaris in terram de qua sumptus es.*

Pero el cultivo primitivo se modifica continuamente: las industrias agrícola y fabril, han realizado una estrecha alianza en provecho de ambas, y la producción respondiendo siempre á la importancia de los medios empleados para ella llena con creces las aspiraciones del agricultor, hábilmente secundadas por el fabricante.

Los grandes cultivos son hoy objeto de preferente cuidado en todos los pueblos cultos.

Los últimos adelantos de la industria fabril se aplican á la primitiva industria agrícola.

El vapor mismo, no satisfecho con absorber las distancias y acercar los pueblos y los continentes, se dedica á la agricultura y concurrir á la producción de la riqueza alimenticia.

Si se considera que la aplicación de tan poderosos elementos tiene por objeto la producción de un grano de trigo, quedará demostrado lo mucho que vale este cuando tanto cuesta, lo grande de su destino dentro de lo pequeño de su volúmen.

La agricultura debe ser considerada con especialísimo interés por todos los gobiernos, en justa reciprocidad á sus servicios. Ella hizo habitar á las tribus, antes errantes, en un

mismo territorio: constituyó los primeros pueblos y originó la primitiva civilización. Las sociedades modernas no pueden olvidar su origen esencialmente agrícola.

Las toscas hachas de piedra conservadas en muchos museos merecen el respeto y la admiración de las actuales generaciones: mediante ellas se formaron las primeras sociedades; mediante ellas se verificó el tránsito de la barbarie á la civilización, el gigantesco paso de la tribu al pueblo.

Por eso la civilización nace de la agricultura, pero su ingratitud la impulsa á renegar de su origen.

Las grandezas agrícolas pierden su importancia cuando son mas beneficiosas.

La ciencia se remonta hasta la investigación del movimiento de los astros y la resolución de los mas atrevidos problemas, y menosprecia los fenómenos de la producción agrícola, propalados por la práctica.

La industria sueña en la realización de empresas que causan asombro por su atrevimiento, y olvida el hacha miserable de los tiempos primitivos y el tosco cuchillo con que se daba muerte á los animales pacíficos.

El arte construye palacios y los llena de primores de todas clases y tiene en olvido la cueva, la tienda y la choza, que señalaban respectivamente los tres estados del hombre: el del cazador, el del ganadero y el del agricultor.

Acostumbrada la sociedad moderna á mirar siempre hácia adelante, apenas se digna observar que existen en su seno algunos hombres bastante desinteresados para intentar la reconstrucción del pasado mediante el estudio de los objetos de otras edades encontrados después de afanosos desvelos, y se burla de los que le llaman la atención para que estudie el progresivo desarrollo de las industrias, los elementos necesarios para la producción y el origen de la riqueza.

Los aficionados á los estudios arqueológicos y económicos, tienen en cambio la virtud de la constancia y encuentran el premio de sus afanes en la realización de su misma obra.

Y, ajenos á la indiferencia de los unos y á los estudios de los otros, siguen los agricultores buscando en el seno de la tierra la primera riqueza acumulable que existió en el mundo; los frutos con que pródigamente recompensa sus continuos trabajos.

III.

Una escuela filosófica existe que considera á la industria como el principal y mas importante de los objetos del hombre y el sosten de las sociedades políticas.

Cuando todo un sistema filosófico lo asegura, no será muy aventurado afirmar que aun prescindiendo de las exageraciones de escuela, la industria vale y puede mucho en la vida de la humanidad.

¿Y qué es la industria?

La ciencia, mediante la cual acomoda el hombre á su uso las primeras materias que le ofrece la naturaleza y que no podria utilizar en sus formas naturales y primitivas. Entiendo aquí por industria la manufacturera, pues aunque tambien merecen dicho nombre la agricultura y el comercio, la palabra industria, empleada sin mas aclaraciones, se refiere desde luego á la reformadora de los productos.

El hilado, el tegido, la preparacion de trajes, la fabricacion del papel y del carton, son otras tantas industrias que se derivan de un producto de la tierra.

La primera materia se transforma de tantas

maneras y alcanza tan numerosas aplicaciones, que la industria fabril ó manufacturera logra con justicia ocupar el altísimo puesto á que la elevaron los partidarios del industrialismo.

Cuanto rodea al hombre, producto es de la industria, lo mismo que lo que le sirve para satisfacer sus múltiples necesidades materiales, hasta el extremo de utilizar en un solo día los esfuerzos industriales de millares de individuos.

Su alimento sin ir mas lejos no llenaria cumplidamente su objeto, sin las diversas transformaciones que ha experimentado, antes de emplearse en su sostenimiento. De nada serviría la produccion del agricultor, si el fabricante no convirtiera el trigo, la cebada y el maíz en harina, ni formase la pasta que sometida á una prudente coccion constituye el pan; de nada serviría tampoco conocer el procedimiento, si no se supiera efectuar la molienda y la preparacion de la masa, utilizando los artefactos inventados para facilitar dichas operaciones.

El paño con que cubrimos nuestra desnudez y combatimos el frio, el lienzo con que nos ce-

ñimos el cuerpo, el cuero que protege nuestros pies, el fieltro que nos resguarda la cabeza, los caprichosos accesorios de nuestros trajes, en los que entran la seda y el terciopelo, el hierro y el hueso, todos los objetos que usamos habitualmente sin reflexionar sobre su procedencia, representan, como hemos dicho, el trabajo de millares de hombres.

Para vestirnos ponemos á contribucion á la naturaleza entera, desde la humilde oveja que nos da su lana, hasta la vaca que nos da su piel; desde el laborioso gusano que nos da el fruto de su actividad, hasta la poco afortunada caballería, de cuyos huesos se apodera la industria para convertirlos en botones; desde los vegetales que pueden tejerse, hasta los minerales que los tiñen y preparan para el consumo.

Y si pasamos de lo estrictamente necesario á lo supérfluo; si consideramos la procedencia de la docena de objetos que tenemos delante, nos causará un asombro verdadero el cálculo de los infinitos brazos que los han preparado para que puedan servir para el uso á que están destinados.

La mesa sobre la cual escribo, me recuerda

al cansado leñador, que separó de la madre tierra su primera materia; al carpintero y ebanista que la dieron forma; al animal de que procede la piel que existe en su centro; al fabricante del barniz que la cubre; al herrero que ejecutó las cerraduras de sus cajones.

El blanco papel en que escribo renueva en mí, entre otras ideas, la de los usos que pudo tener en su forma de trapo; las vigiliias del trapero que lo recogió acaso de mitad de la calle; la fábrica de papel en que fué lavado, convertido en pasta, estirado, recortado y seco y la tienda del comerciante que me lo facilitó.

El tintero que tengo delante; la flexible y acerada pluma de hierro que manejo; el quinqué que me ilumina; el sillón en que me siento; el paquete de sobres que tengo á la vista; los bien grabados sellos de correos que han de autorizar la circulacion de este escrito; finalmente, todo cuanto veo, toco y utilizo, recuerda los adelantos de la industria fabril; el progresivo desarrollo de la misma y sus casi infinitas manifestaciones.

El hombre que no tiene la facultad creadora, la suple hasta cierto punto con la industria y combinando objetos con objetos, estu-

diando y utilizando las propiedades de unos y otros, satisface sus necesidades, se crea otras nuevas, inventa caprichos y hace tributaria de ellos á la industria.

Su actividad que en un principio se desarrollaba con arreglo á sus necesidades, se mide ya por sus caprichos y á veces le impulsa hasta al crimen.

Ya, como dice Volney, ha salvado el límite de las necesidades y la esperiencia de una multitud de sensaciones; ha hecho conocer los goces y las penas; aumenta su actividad para apartar las unas y multiplicar las otras.

Ha experimentado las ventajas de los lugares sombríos contra los rayos del sol, y construye una cabaña. Ha notado que una piel le preserva del frío y se hace un vestido. Ha bebido aguardiente y ha fumado con complacencia. Quiere poseerlos con abundancia, y solo puede conseguirlo mediante pieles de castor, colmillos de elefante, polvos de oro, etc. Redobra su actividad, y llega, á fuerza de industria, hasta el punto de vender á su semejante.

## IV.

Si el productor hubiera de consumir exclusivamente sus productos, veríase al agricultor perfectamente alimentado, pero desnudo; y al fabricante acumulando máquinas, pero hambriento.

Para remediar estos males nació la industria comercial, que busca los productos en el sitio de la producción y los lleva al punto en que los reclaman los consumidores.

El comerciante emplea, pues, sus dos manos: con la una toma y con la otra da.

Compréndese desde luego que al tomar y dar no ha de quedarse sin nada; y ese algo con que se queda constituye su legítima ganancia, como compensación de su actividad é interés del capital que invierte en sus operaciones.

Bajo este punto de vista, la industria comercial es en extremo necesaria, por ser el complemento de la agrícola y la fabril.

Los griegos, que tan fácilmente inventaban divinidades para su uso, reputaron como dios del comercio á Mercurio, y le pintaron con la

figura de un jóven esbelto, con alas en los piés, en las espaldas y en una especie de gorro redondo que cubre su cabeza, simbolizando su actividad.

Por desgracia para los que tan fácilmente le hicieron representante del comercio, el jóven Mercurio causó á las veinticuatro horas de nacer una gran conmocion en el cielo por haber robado á Neptuno su tridente, á Marte su espada, á Venus su ceñidor y á Vulcano sus herramientas.

Esa precocidad del niño Mercurio le hizo mas tarde abogado de los ladrones, y de aquí la especie de sinonimia que la malicia ha consagrado entre los verbos comerciar y robar. Por eso decia Moratin á un comerciante:

Si al decorar tus salones,  
Fania, á Mercurio prefieres,  
tienes á fé mil razones,  
que es dios de los mercaderes...  
y tambien de los ladrones.

El comercio debió ser en su principio directo entre los individuos de una misma tribu, y cambio mas que compra venta. Despues se haria estensivo á los individuos de un mismo pueblo, y mas tarde unió entre sí, por los

vínculos del mútuo interés, á todos los pueblos conocidos.

La industria, que tantos beneficios debia recibir del comercio, no quiso ser ingrata con sus servicios y le abrió caminos, le construyó coches de todas especies y barcas de todas dimensiones, y ya en la época moderna aplicó el vapor á los vehículos terrestres y marítimos, dibujó sobre la tierra un dédalo de barras de hierro y puso á su servicio la electricidad.

La civilizacion que consagró como necesidades los mas inútiles caprichos, fué el punto de apoyo del comercio, que tuvo cada vez mayor importancia y alcanzó mayor desarrollo.

Por eso mismo fueron mayores sus beneficios que los de las demas industrias y quedó consignado en el proverbio de que *mas vale el trato que el trabajo*.

Por desgracia, lo que Mercurio hizo en el cielo acabađito de nacer, lo hacen en la tierra sus adoradores, cualquiera que sea su edad, y la ganancia legítima ha ido estirándose tanto que la conciencia del comerciante ha olvidado los límites de lo justo y de lo injusto.

Los economistas han considerado la industria comercial como uno de los objetos mas

dignos de fijar la atención y han discutido y discuten acaloradamente sobre si debe ser libre en absoluto, si el gobierno de las naciones debe imponerle alguna traba ó prohibir en absoluto sus transacciones de pueblo á pueblo. Pero los comerciantes que saben muy bien todo lo que puede en los hombres la necesidad ó el capricho, dejan discutir á la ciencia y se consagran con una fé inquebrantable á no dar dos por lo que pueden adquirir por uno y á no vender por veinte lo que pueden hacer llegar á treinta.

En tan sencillos principios se funda la industria comercial, que muchas veces, al presenciar ciertos tratos y penetrar en los templos consagrados al comercio, buscamos instintivamente por sus rincones el tridente de Neptuno, la espada de Marte, el ceñidor de Venus y las herramientas de Vulcano. Muchas otras, cuando del comerciante—que es siempre respetable—pasamos al tendero que es, por decirlo así, su parodia, le miramos los piés y las espaldas, buscando las alas del *corre ve y dile* de los dioses.

El agente intermedio entre la producción y el consumo es, no obstante, digno del mayor

respeto, y el verdadero progreso admite su libertad, rechaza la tasa, subsistente durante muchos siglos, porque el consumidor que tiene la libertad de no dar por un producto mayor cantidad de la que cree justa, no puede privar al vendedor de fijarle el precio que le acomode, por elevado que sea.

En este sencillísimo principio descansa la libertad comercial, una de las mas respetables—como hemos dicho—y de las menos respetadas.

Los gobiernos que no la reconocen, fundados en los sólidos razonamientos que empleaba el leon para justificar su derecho sobre el cordero, satisfacen acaso una necesidad política; pero consagran una gran injusticia económica.

## V.

Una onza de oro: un duro: una moneda de dos cuartos.

Hé aquí los elementos indispensables para efectuar toda clase de cambios, para premiar toda clase de virtudes y para corromper toda clase de conciencias.

Desde la onza á la pieza de dos cuartos hay

una gerarquía numerosa de monedas de diferente valor.

La onza aristocrática, el respetable duro y la plebeya pieza de dos cuartos, tienen, no obstante, el mismo origen, son hijos de la misma madre: la necesidad.

Con efecto, la moneda, cuyo valor intrínseco es solamente el de los metales que la constituyen, tiene otro valor superior por muchos estilos al citado: sirve de tipo de todos los demás valores y facilita la comparación, imposible á primera vista, entre una libra de aceite y un vestido de terciopelo.

Mediante la moneda, los matemáticos que pretenden ser imposible verificar una resta entre dos cantidades heterogéneas, tienen que confesar avergonzados que un vestido de terciopelo, menos una libra de aceite, es igual *verbi gratia* á cinco onzas de oro, catorce duros de plata y veinte piezas de á dos cuartos.

Y no pretendan disputar acerca de este punto, pues los economistas tenemos el derecho de hacer ciertas sustituciones, así como los matemáticos creen tenerlo para decir que A es igual á B.; afirmacion en que, solo por cortesía, podemos estar de acuerdo.

La moneda, que pudo en un principio consistir en ganados, era imposible de acumular y hubo de desecharse con gran contento de los ricos y de los avaros. La sal, el trigo, las conchas y todos cuantos objetos sirvieron á los pueblos nómadas de tipo de comparacion tenían inconvenientes no menos graves y hubieron de ser tambien rechazados, buscando otra clase de moneda que en un pequeño volúmen encerrara una gran cantidad; que fuera de fácil conservacion y de difícil deterioro; que fuera generalmente apreciada y que pudiera dividirse en partes idénticas.

Difícil fué encontrar una mercancía que respondiera á tantas exigencias, pues los metales usados primeramente, el hierro de los espartanos y el cobre de los romanos tenían la mala condicion de valer muy poco, por ser muy abundante su produccion.

El oro y la plata tomaron entonces la palabra, abogaron por sus méritos y obligaron al mundo á descubrirse ante la onza aristocrática y el respetable peso duro. La prebeya pieza de dos cuartos quedó en concepto de auxiliar y tuvo la modesta abnegacion de aceptar un papel tan humilde y tan necesario al propio tiempo.

Pero la moneda, á pesar de su dureza, se prestaba á ser cortada y dividida; la industria habia averiguado la manera de mezclar diferentes metales, y al lado de la primera moneda legítima nació la primera moneda falsa. Véase si es antigua la prosapia de los industriales, á quienes el poco respetuoso Código penal suele mandar á Ceuta ó á Melilla, cuanto mas trabajadores son.

Véase por donde el antagonismo entre la Justicia y las Bellas Artes contribuye á que no se desarrollen algunas vocaciones artísticas.

Véase tambien por qué existe en España un atraso tan sensible en el grabado en hueco. ¿Cómo ha de haber buenos grabadores con un código tan severo?

Para cortar la creciente afición que se notaba en las sociedades primitivas á fabricar y reformar la moneda, se acudió á las autoridades supremas y estas tuvieron desde entonces la mision de legalizar y garantizar el valor de cada moneda. Para significar materialmente aquella proteccion se adoptó la costumbre de estampar en ellas el busto del príncipe, como símbolo de la autoridad y de la soberanía.

La moneda debe considerarse solo como el

medio de facilitar las transacciones y satisfacer las necesidades; deseársela por su valor intrínseco es desnaturalizarla. Testigo el rey Midas que por gracia de los dioses convertía en oro todo cuanto tocaba y tuvo que bañarse en el Pactolo para perder aquella propiedad, con la cual hubiera acabado por morirse de hambre. ¡Cuántos avarientos que se han consagrado á acumular moneda desearían encontrar un Pactolo que les limpiase de su oro, en compensacion de un día de salud ó una hora de felicidad!

## VI.

Si tan necesaria es la moneda y tan justificados los esfuerzos encaminados á su perfeccion podrá conceptuarse como una verdadera fortuna el hallazgo de una mercancía que en pequeñísimo volúmen encierre un valor todo lo grande que se quiera.

Este valor se ha encontrado asignándole á una hoja de papel que, representando determinada cantidad de numerario facilita su conservacion y permite en circunstancias normales disponer de la moneda á los establecimientos de crédito. El papel-moneda fué reconocido,

por lo tanto, desde un principio como un verdadero progreso económico.

Pero, así como el recibo ó pagaré de un particular no tiene mas valor que el que le presta el buen nombre del que lo firma, así el papel-moneda no tiene otra importancia que la del establecimiento autorizado para su emisión.

Si el crédito de un Banco se ve comprometido por su viciosa administración ó por las faltas en el cumplimiento de sus compromisos, los billetes del mismo tropezarán con mil inconvenientes para su curso, y acudiendo en un momento dado á las cajas de metálico del citado Banco, que no podrá cambiarlos en un mismo instante, harán nacer en los tenedores una justa alarma, alarma que explotarán otros industriales descontando los billetes con cierto interés, que será tanto mas alto cuanto mas haya bajado el buen nombre del Banco.

En este caso el papel-moneda se convierte en papel-mojado. Su indudable importancia se desvanece, porque el crédito se funda en la confianza y muerta la causa no debe buscarse el efecto.

Las grandes crisis comerciales suelen anun-

ciarse hoy, como antiguamente se anunciaban las guerras, según nuestros crédulos abuelos: con la presentación de un cometa ó estrella de *cola*. Solo que la cola á que nuestros abuelos se referían brillaba en el horizonte y las colas que hoy podemos apreciar se extienden por las calles, lo mismo durante la noche que á la clara luz del día.

Fijémonos en una que conocen perfectamente los madrileños y que en las diferentes crisis económicas porque ha pasado nuestra patria ha aparecido siempre: en el mónstruo insaciable y temeroso, que el público ha dado en llamar *la cola del Banco*.

Cuanto mas larga es la cola mas limitado es el crédito.

Para cortarla han llegado á veces á emplearse los sables de la guardia civil; pero ni su temple ni su fortaleza han logrado hacer que desaparezca la escrescencia temporal del primero de nuestros establecimientos de crédito.

La química social ha consignado que solo consiguen disolverla dos metales: el oro y la plata. Y aun para eso deben estar acuñados.

La cola del Banco parece una enorme ser-

piente, cuyos anillos son de diferentes colores. Cada uno de ellos representa una miseria ó una degradacion.

Hombres, mujeres y niños llevan al cambio billetes de valor de 4.000 rs.; sus harapientos vestidos denuncian desde luego que aquellos valores no son de su pertenencia sino que les han sido confiados por sus verdaderos dueños para evitarse las molestias de una larga espera. La confianza depositada en ellos honra á su moralidad; pero la paralización de las obras públicas y la robustez de algunos de los anillos de la cola del Banco, hablan poco en favor de su laboriosidad.

La crisis económica originan, entre otros, el mal que hemos indicado: la paralización de las obras públicas por el retraimiento de los trabajadores, que prefieren ganarse el sustento facilitando los cambios.

El crédito se cambia en descrédito; el papel-moneda se rechaza; la moneda que no es papel se oculta y la falta de confianza de los ricos engendra la miseria de los pobres, y la miseria engendra el vicio y la ociosidad abre la puerta al crimen. En esta serie de males, nadie tiene poder bastante para cortarlos; pe-

ro la autoridad tiene al menos el deber de atenuarlos erigiéndose momentáneamente en industrial para ofrecer trabajo al ocioso bracero, multiplicando las acuñaciones en las fábricas de moneda y obligando á los establecimientos de crédito al exacto cumplimiento de sus compromisos.

La *cola del Banco* ha sido llevada al teatro, retratada por la pintura y cantada por la poesía.

Todos la conocen y todos la temen.

En una de sus últimas presentaciones recordamos que un infeliz que formaba parte de ella murió asfixiado por la presión de sus compañeros; pero como el monstruo no tiene entrañas, arrojó aquel estorbo de su seno y no preguntó siquiera el nombre que había llevado en el mundo.

Los que formaban delante de él tuvieron acaso una mirada compasiva para el desgraciado; pero los que iban detrás respiraron con mayor satisfacción.

Había muerto un hombre; pero ellos habían ganado un número.

## VII.

El siglo XVIII ha sido reputado generalmente como de la emancipacion y soberanía de la clase media.

El siglo XIX ha sido calificado por lord Gladstone de siglo de los obreros.

La muerte de los gremios, el desarrollo industrial y el progreso político han contribuido á que la cuestion obrera escite poderosamente la atencion.

El esclavo se emancipó del dueño mediante el cristianismo.

El vasallo se emancipó del señor mediante el absolutismo.

El obrero debe emanciparse del empresario mediante la libertad.

Todos los hombres pensadores están de acuerdo acerca de este punto; pero las personas sensatas aspiran á que, si este objeto se realiza, sea sin conmociones sociales ni crisis violentas; sea mediante atinadas y prudentes reformas.

El privilegio, la tutela administrativa y las trabas impuestas por la legislacion han sido

obstáculos que han impedido el desarrollo de todas las industrias y originado la triste situación de las clases obreras.

Las escuelas socialista y comunista han indicado los medios que, en su juicio debían adoptarse para mejorar la situación de las mismas, naciendo de sus doctrinas las teorías del *mínimum legal de salarios*, el *derecho al trabajo*, el *derecho á la asistencia* y otras igualmente *ineficaces*.

Los medios que la sana razón aconseja, en contraposición de las utopías filosóficas, son mucho más sencillos; la *instrucción*, la *buena dirección de los capitales públicos*, la *moralización* y las *sociedades cooperativas*.

Sin la *instrucción de las clases trabajadoras* es imposible atender á su *mejoramiento social*; pero como la *instrucción de los adultos consagrados á un trabajo mecánico* es muy difícil y exige de parte de los mismos una *virtud extraordinaria*, la *tendencia actual* debe limitarse á que sea *gratuita y obligatoria la instrucción en la niñez*, único medio de que pueda fundarse sobre bases sólidas el *bienestar de las nuevas generaciones de obreros*.

Pero si la *instrucción es necesaria*, no lo es

mienos la moralizacion de las clases desheredadas, si han de evitarse los funestos resultados de ciertas predicaciones, que apoderándose de las inteligencias, orígenes de toda instruccion, pervierten los mejores instintos, secan todos los sentimientos generosos y hacen que el desgraciado obrero mire frente á frente y sin bajar la vista todas las repugnantes manifestaciones del delito.

La instruccion y la moral dispondrán á los obreros para la nueva fase de su existencia social. Las sociedades cooperativas y los adelantos industriales, encaminados al bien comun, mejorarán la triste situacion de los mismos.

La igualdad política auxiliará al planteamiento de la igualdad social; pero no se olvide que esta igualdad es eminentemente relativa; que estriba en la igualdad de los elementos fundamentales y no en la mayor ó menor suma de comodidades materiales; y así como las escuelas comunistas no han podido repartir por igual entre las partes de la colectividad humana la belleza ni el esfuerzo, la inteligencia ni la bondad, así tampoco podrian, aunque lo intentaran, reglamentar la sama de trabajo

que cada individuo debe consagrar á la producción, limitar la actividad, equiparar los riesgos, y obtenido el producto, subdividirlo con matemática precisión.

Los que sueñan con un comunismo injustificado, antes perjudican que favorecen á sus defendidos, pues la sociedad es conservadora y rechaza con indignacion todo cuanto tienda al menoscabo de su propiedad—adquirida mas ó menos legítimamente,—aprestándose á su defensa con las mismas armas que emplean los comunistas para atacarla: las armas de la violencia.

No hace aun mucho tiempo que en una reunion pública de Madrid se plantearon simultáneamente los dos grandes problemas de la época: el político y el social. Las fórmulas en que se expusieron son tan curiosas que no deben pasarse en silencio.

Dentro del régimen político se sentó la teoría de que «el primer ciudadano de la nacion sería el que asesinara al rey.»

Bajo el punto de vista social se dijo que el bello ideal de los ciudadanos era «ver á un obispo y á un abogado machacando suela.»

La pasion política llevada hasta el asesinato.

La nivelacion social, tomando por tipo el banquillo de un zapatero.

No es posible colocar mas bajo el nivel de la igualdad.

Pero, justo es consignar que en nuestra patria las virtudes son mas poderosas que las impaciencias. Las clases trabajadoras prestan escasa atencion á las predicaciones demagógicas, y si dentro de un perfectísimo derecho tienden á mejorar su condicion, hácenlo utilizando los medios que anteriormente hemos recomendado: la instruccion, la moralizacion, la cooperacion.

A los gobiernos verdaderamente, ilustrados corresponde facilitar el camino de su bienestar.

### VIII.

Existe en Madrid un establecimiento, reunion de todas las miserias y principio de todas las fortunas; un establecimiento al cual lleva el industrial sus economías y el cesante los últimos restos de su bienestar; un establecimiento donde el desgraciado encuentra siem-

pre un consuelo y el hombre económico un premio. Establecimiento de crédito y de beneficencia á la vez, reúne en sí las tradiciones del pasado y las esperanzas del porvenir.

Seis dias á la semana abre sus puertas á la desgracia: el séptimo lo consagra á la fortuna. Tal es la proporcion del dolor á la alegría.

Los desdichados le titulan «El Monte de Piedad.»

Los económicos le llaman «La Caja de Ahorros.»

Durante largo tiempo fueron gratuitos sus préstamos, por encargarse el gobierno de los gastos de administracion y pago de empleados; pero el gobierno, que crea diariamente cargos inútiles y que retribuye generosamente todos los llamados servicios políticos, creyó escesiva la pequeña consignacion que consagraba anualmente á socorrer millares de infortunios, y borró la partida del presupuesto. Pero el establecimiento no murió : sus estatutos fueron reformados, y el primitivo préstamo gratuito empezó á devengar interés, aunque un interés tan módico que el Monte continúa siendo el enemigo mas poderoso de la usura.

Una grave dificultad le imposibilitaba antes cumplir sus atenciones: el número de pretendientes había llegado á ser tan considerable, que, agotados sus fondos en anteriores préstamos, se veía en la sensible necesidad de no poder remediar á todos cuantos llamaban á sus puertas.

Para salvar este inconveniente se fundó la Caja de Ahorros, en la cual las economías del artesano, del sirviente y del artista, reunidas en un fondo comun, se aplicaban á remediar la miseria de los que solicitaban un préstamo, garantizando la devolucion con la entrega de ropas y alhajas.

El socorrido satisfacía un 6 por 100 anual de intereses: el imponente de sus economías retiraba un 4 por 100 de beneficios.

El establecimiento percibía, pues, un 2 por 100 por razon de quiebras, iniciativa industrial y pago de sus empleados.

En este sencillísimo mecanismo descansa la benéfica institucion á que aludimos.

Por desgracia, y á pesar de su antigüedad, el público no aprecia bien sus beneficios y se deja seducir por otras empresas, lo mismo de beneficencia que de crédito.

La usura, que cobra un 60 por 100, es injustamente preferida al Monte de Piedad. Los establecimientos de crédito, que prometen un 15 por 100—aunque al poco tiempo devoren en una quiebra capital é intereses—son preferidos á la Caja de Ahorros.

El establecimiento benéfico ha pasado de moda.

¿Quién se acuerda hoy del capellan de monjas D. Francisco Piquer, fundador del Monte?

¿Quién se acuerda del marqués de Pontejos, fundador de la Caja de Ahorros?

Hasta el edificio en que se albergan ambos establecimientos desdice de las pretensiones del siglo: una portada de granito del gusto plateresco da entrada á la casa, que en algùn tiempo formó parte del palacio de Carlos V; una capillita unida á la casa en 1733, y cuya fachada recuerda la deplorable escuela de don José Churriguera, arquitecto laberíntico del tiempo de nuestros abuelos, completa el edificio.

La piedra está ennegrecida; las escaleras no lucen por su anchura y comodidad, los techos conservan sus primitivas bovedillas. En vano ha sido que se arregle interiormente y se pre-

cure poner la casa á la altura de las exigencias del gusto moderno: la casa, como su objeto, son ya viejos; pero una y otro subsistirán, en tanto que caen á tierra palacios de carton-piedra y establecimientos de crédito llenos de monedas de talco y oropel.

Una Junta de vigilancia inspecciona las operaciones de ambos establecimientos. Sus individuos pertenecen á todos los partidos políticos, y su honradez es notoria, como exige la responsabilidad de sus cargos, puramente honoríficos.

Cuando en las primeras horas del domingo se cruza el portal de aquella casa, un espectáculo consolador hiera la vista. Allí se ven confundidos hombres y mujeres de todas edades y condiciones, portadores de un preciado depósito: las economías, fruto de un honrado trabajo; la exención de un hijo próximo á entrar en quintas para el reemplazo del ejército; la dote de la hija; el fundamento de un capital que ha de convertir al operario en fabricante, al dependiente en tendero, al sirviente madrileño en propietario de aldea. En aquella casa—santa por su origen y respetable por su historia—las economías no corren el menor

peligro y se aumentan insensiblemente. Poco es un 4 por 100 anual; pero el hombre trabajador sabe lo que cuesta ganar una peseta. Y al retirarse de aquella casa los imponentes marchan gozosos á sus habituales quehaceres: acaban de poner una piedra en el edificio de su porvenir. A costa de una pequeña privacion han comprado una nueva y risueña esperanza.

¿Cuál será el empleo inmediato de aquellos ahorros? Fácil nos seria verlo con solo acudir el lunes á la entrada del Monte de Piedad; pero no queremos intentarlo siquiera. Dejemos penetrar en aquella casa á los que se ocultan el rostro al divisarla, á los que fingen marchar tranquilamente por la plaza de las Descalzas, y al llegar al portal entran en él con rapidez, y á los que mas acostumbrados á las exigencias de la pobreza, saludan con una triste sonrisa al edificio en que acaso se encierran los objetos que les fueron mas queridos.

Nuestro objeto al dirigir una mirada á los dos establecimientos que se apoyan y complementan, guardando las economías de las personas acomodadas y socorriendo á las indigentes, fué solo consignar los resultados que pue-

de producir la reunion de capitales—aun los mas insignificantes—cuando se administran con prudencia y moralidad.

La direccion general de Estadística ha publicado unos curiosos resúmenes de las operaciones de los Montes de Piedad de toda España, comprensivos de los años de 1862 á 1870, ambos inclusive. Concretándonos al de Madrid, objeto de estos párrafos, consignaremos que en dicho período realizó 742.938 préstamos, que importaron 154.503.364'49 pesetas: los reintegros fueron 703.992, que ascendieron á 152.502.774'50. Basta citar las anteriores cifras para que se comprenda los inmensos beneficios que ha prestado.

La Caja de Ahorros y el Monte de Piedad, que tienen hoy en giro valor de muchos millones de reales, deben su origen á un real de plata depositado en una cajita el dia 3 de Diciembre de 1702, á la caridad inagotable de un dignísimo sacerdote, y al celo y laboriosidad del corregidor marqués de Pontejos, de cuya administracion reportó Madrid numerosos beneficios.

IX.

Existe un libro no bastante apreciado del profundo pensador. La Bruyère, en cada una de cuyas páginas se pueden admirar pensamientos elevados, hijos de una constante y detenida observación del mundo y de los hombres. El ilustre preceptor del duque de Borgogna supo imprimir á sus «Caractères» tal verdad, que todos ellos parecen copiados hoy mismo: esto demuestra que la marcha de los siglos influye muy poco en el carácter de la humanidad. Entre sus caractères merecen muy especial estudio los de el rico y el pobre, con traposición admirable, que muestra en cien detalles la desemejanza psicológica de ambos tipos.

Giton—escribe el profundo observador—tiene el cutis fresco, lleno el rostro y colgantes las mejillas, fija y segura la mirada, ancha la espalda, alto el vientre, firme y seguro el paso; habla confiadamente, obliga á su interlocutor á que repita sus frases, de las que hace poco aprecio; saca un gran pañuelo y se suena

con estrépito; escupe lejos y estornuda alto; duerme profundamente, así durante el día como por la noche; ronca delante de la gente; en la mesa y en el paseo ocupa mas lugar que cualquiera otro; cuando pasea con sus iguales se coloca en el centro; si él se detiene, se detienen todos y le siguen en cuanto él vuelve á andar; interrumpe y desmiente á los que llevan la palabra, pero á él no le interrumpen, ni se le deja de escuchar, ni se contradice su opinion, creyendo por el contrario, todas las noticias que refiere. Si toma asiento se le ve hundirse en el sillón, cruzar las piernas, fruncir el entrecejo, bajarse el sombrero á los ojos para no ver á nadie ó levantarle y descubrir la frente por audacia ó por orgullo. Es bromista, risueño, impaciente, presuntuoso, colérico, libertino, político y misterioso acerca de los negocios públicos, créese dotado de talento y de imaginacion: *es rico*.

Por mucho que las anteriores líneas hayan perdido en la traduccion, todavia bastan para formar juicio de la riqueza de detalles con que Bruyére retrató al rico. Veamos ahora, volviendo la oracion por pasiva, las observaciones que el pobre le sugiere,

Fedon—escribe—tiene los ojos hundidos, rugosa la tez, seco el cuerpo y flaco el rostro: duerme poco y su sueño es muy ligero: es abstraído, meditabundo y teniendo talento parece un estúpido: olvida decir lo que sabe y hablar de sucesos que le son conocidos y, cuando por casualidad lo hace, se desluce; cree molestar á sus oyentes; narra con laconismo y frialdad y no motiva la atención ni la risa; aplaude y sonrío á todo cuanto dicen los demás, es de su opinión, y se presta á hacerles toda clase de favores; es complaciente, presuroso y adulator: misterioso acerca de sus asuntos y á veces embustero; es supersticioso, escrupuloso y tímido; camina poco á poco y con lijereza como si temiera pisar la tierra y no levanta los ojos para mirar á los que pasan.

No pertenece nunca al número de los que forman corro para hablar, sino que se coloca detrás del orador recoje furtivamente lo que se dice y se ausenta en cuanto le reparan.

No ocupa lugar; anda cargado de espaldas y con el sombrero sobre los ojos para no ser visto, al propio tiempo que envuelto en su capa; no hay galería tan cuajada de gente que le impida deslizarse sin esfuerzo ni ser visto.

Si le mandan sentarse se coloca sobre el borde de la silla; habla bajo y articula mal; desligado de compromisos políticos, disgustado contra el siglo y poco afecto á los ministros y al ministerio, solo abre la boca para contes-yy tóse se tar, suena cubriéndose con el sombrero, se escupe casi encima y aguarda á estar solo para estornudar, ó lo hace á lo sumo : in que nadie se aperciba; nadie está obligado para con él á saludos ni cumplimientos: *es pobre*.

Si no fuera un símil anacrónico diríamos que La Bruyére habia fotografiado al rico y al pobre, tomando sus modelos en cualquier país y en cualquier época. «Giton» y «Fedon» han sobrevivido á su retratista, y habitan en todas partes; basta salir á la calle para tropezar con ellas.

El filósofo los tomará siempre como el tipo del rico y el pobre.

El cristiano considera al rico y el pobre como recíprocos auxiliares; el rico satisfaciendo con sus larguezas las necesidades del pobre; el pobre dando ocasion al rico para el buen empleo de sus riquezas.

En el orden económico el pobre y el rico simbolizan especialmente el consumo.

El productor, por punto general, no es rico ni pobre.

El ser lo uno ó lo otro constituye en España una profesion.

El rico vive de sus rentas, lo mismo que el pobre. La renta del rico responde á un capital acumulado por sus ascendientes ó á las obligaciones que contrajo con ellos el rey que rabió y que sigue pagando religiosamente el presupuesto del Estado. La renta eventual del pobre responde á un capital ageno: la caridad.

Entiéndase que al hablar del rico y del pobre, bajo su aspecto económico, nos referimos á los que lo son completamente.

El rico es para nosotros el que consume y no produce.

El pobre es el que consume y no produce.

Si un matemático se apoderase de esta ecuacion deduciria como consecuencia que ser rico es igual á ser pobre.

Y como hemos partido del supuesto de que el rico es millonario y el pobre es mendigo se haria mas palpable la contradiccion, estableciendo como corolario la igualdad entre los tejidos de seda y los harapos.

Pero esta igualdad existente bajo el aspecto

económico no pueda hacerse extensiva á la vida práctica, y recuerda, por el contrario á la serpiente que se muerde la cola, sin que á pesar de tocarse sus extremos sea la cola igual á la cabeza.

Si no existieran los clases productoras, el rico con su lujo y el pobre con su miseria no podían tampoco existir. De aquí se deduce otra nueva analogía entre el rico y el pobre: su completa inutilidad para el desarrollo de la riqueza.

¿Por qué no ha de influir la moral para que desaparezcan estas aberraciones económicas, haciendo que todas las riquezas se conviertan en capitales, que todos los brazos se consagren al trabajo y que en el uniforme concierto productor no haya pobres ni ricos, sino obreros de la inteligencia, obreros del capital y obreros mecánicos?

El aspecto de un palacio nos indica la existencia de un hombre consagrado al consumo é inútil para la producción.

El aspecto de un hospicio nos recuerda el del palacio, porque en él habitan muchas veces seres igualmente inútiles y que pesan sobre la sociedad.

Entre el palacio y el hospicio, términos diferentes y hermanos, se levanta la fábrica, corren las máquinas agrícolas, multiplica el comercio su actividad, crujen las prensas y el vapor terrestre y el marítimo confunden sus gallardos penachos de humo. Nunca con mayor razón puede esclamarse: *In medio consistit virtus.*

Nuestras divagaciones económicas empezaron ensalzando el trabajo y terminan lo mismo. Si en vez de limitarnos á unas cuantas observaciones hubiéramos tocado mayor número de puntos relacionados con la economía política, en todos y en cada uno de ellos, habríamos tropezado con la necesidad del trabajo: su ley es dura é ineludible, pero general y beneficiosa.

¡Bendito sea su origen y benditos sus resultados!

## ELEMENTOS DE LA ESCRITURA.

### I.

#### EL PAPEL.

La abundancia del presente suele tener, entre otras ventajas, la de hacer olvidar la escasez pasada.

Hoy nos es, por ejemplo, sumamente difícil trasportarnos con la imaginación á las épocas en que el pensamiento no alcanzaba mas vida que la del individuo, en que la voz moria con su eco y la palabra del sabio terminaba en los oídos de sus oyentes.

Para formarnos una idea aproximada de aquella sociedad, necesitaríamos antes cerrar los ojos á las innumerables tiendas de objetos de escritorio que encontramos á cada paso, y los oídos al estrépito que producen las máqui-

nas de las imprentas y las voces de los vendedores ambulantes que nos ofrecen en cómoda forma y económico precio los mas elevados productos de la inteligencia del hombre.

El tránsito de aquella época á la que alcanzamos ha sido, no obstante, largo y difícil: en cada uno de los peldaños de la escala de la ilustracion encontramos un mártir de la ciencia luchando con la ignorancia de su siglo ó con las preocupaciones sistemáticas de los que le habian precedido.

Y, cosa notable, en la inmensa mayoría de los casos el inventor ha sucumbido; el invento ha quedado en pié: el hombre ha sido víctima; la idea, abriéndose paso por entre las compactas masas de la ignorancia, ha llegado hasta nosotros, encargándonos la trasmitamos á las generaciones que nos sucederán.

Los que lean en este momento mi pobre trabajo tal vez ignoren el cúmulo de operaciones mecánicas á que ha debido sujetarse antes de que cruce las calles de Madrid en manos de los encargados de su venta y reparto. Yo, que lo escribo ahora, apenas dirijo una mirada de desden al tintero que tengo delante y á la pluma, que se desliza rápida sobre la tersa

superficie de las cuartillas, que rasgo á veces sin compasion.

Y sin embargo, los elementos materiales de la escritura tienen su historia y su tradicion y en cuanto á sus condiciones morales, siempre serán pequeñas las demostraciones de gratitud del hombre para el sér que animó su inteligencia con el sello de la Divinidad é hizo de su cuerpo una máquina tan perfecta y acabada.

La historia del papel, notable por mas de un concepto, nos presenta en una de sus innumerables fases el trabajo constante del hombre y su tendencia al progreso y á la perfeccion. Reducido en un principio, como queda dicho, á manifestar de viva vez sus pensamientos, pretendió despues quedasen grabados en la memoria de los demas, y dándoles una forma grata y uniforme, creó la poesía como recurso mnemotécnico únicamente. Vemos, por lo tanto, á los poetas llenando en un principio las funciones de los legisladores y encerrando en sus cantos la historia y la tradicion, los Códigos y las ordenanzas municipales.

Y no debía producir malos resultados tal sis-

tema, cuando leemos, escritos en verso, en la actualidad, poemas astronómicos y tratados de anatomía, sin contar la gramática latina del P. Hornero y la aritmética que se canta en las escuelas. No sería raro, por lo mismo, que apareciesen el mejor día en seguidillas ó sonetos la coleccion legislativa ó los presupuestos del Estado.

Pero despues de la invencion de la escritura el pensamiento humano quedó impreso en forma mas duradera y material: la piedra fué la primeramente encargada de recibirlo, y vemos, con efecto, nuestro primer Código religioso escrito en piedras portátiles sobre la cumbre del Sinaí. Los ladrillos de los caldeos, los bajo-relieves de Nínive y algunos otros monumentos iconográficos de América confirman este primer método de escritura.

Usáronse despues los metales, especialmente el bronce y el plomo, en que se fijaban los documentos mas importantes: los griegos y romanos hicieron gran uso de este sistema, como lo comprueba la existencia de mas de tres mil tablas de bronce en el Capitolio, destruidas en el incendio que sufrió en tiempo de Vespasiano. Aquella irreparable pérdida se-

pultó acaso en el olvido la Constitucion completa de Roma y sus tratados políticos con los demas pueblos.

Pero las tablas de bronce ofrecian la gran dificultad y coste del grabado, así como las tabletas enceradas su escasa consistencia y duracion, y pronto se utilizaron las maderas y cortezas de los árboles, y muy especialmente el Papyrus, formado mediante una preparacion á que se sometian las cañas que se crían en las márgenes del Nilo.

Posteriormente perdió su importancia, cediendo la primacía á las pieles de animales secas y preparadas convenientemente. Fué la primera en usarlas la ciudad de Pérgamo, de donde tomaron el nombre de pergaminos, y las pieles de ternera, preferidas á todas, conservan hoy mismo su nombre de *vitela*. Su uso, en aumento progresivo desde el siglo VI, debia dejar el puesto al papel moderno, que por una inconcebible anomalía fué introducido en Europa sin la marca de su procedencia ni el nombre de su inventor. Atribúyese su invencion á los chinos en una remotísima antigüedad, y su introduccion á los griegos y á los árabes. Admitido esto, España debió ser acaso la pri-

mera nacion de nuestro continente que emplea el primitivo papel de algodón. Conservanse en Europa documentos escritos sobre esta materia que datan de los siglos IX y X.

La invencion de la imprenta causó una verdadera revolucion en la fabricacion del papel; la libertad de la misma exigió de la industria papelera un aumento de actividad y produccion.

El papel de tina, fabricado pliego por pliego y en moldes especiales no respondia á las necesidades de la prensa, que devo aba en un dia montañas de papel, y en 1789, año célebre en la historia de Francia, un operario francés, llamado Luis Robert, dió el primer paso en la fabricacion de papel mecánico. Nada nos importa que vendiese á su principal el fruto de su trabajo ni que este lo explotase en Inglaterra: la necesidad estaba vencida. Los grandes inventos del hombre no pueden nunca pertenecer á determinado pueblo ó nacion: los reclama toda la humanidad.

Pero tampoco estaba hecho todo: no bastaba haber puesto á contribucion el lino, el cáñamo y el algodón para sostener esta industria: la paja, el maíz y el esparto le siguieron

bien pronto, y ya en nuestros días se va generalizando de tal modo el papel formado de toda clase de maderas, y es tanta la ligereza de su fabricacion, que en veinticuatro horas puede convertirse el tronco de un árbol en algunas resmas de papel, segun datos que tenemos á la vista.

Quisiera hablar de los métodos de fabricacion de toda clase de papeles; pero al llegar á este punto recuerdo que me voy introduciendo insensiblemente en un terreno que no me pertenece, y vuelvo á mi campo antes de internarme mas.

El papel representa hoy el elemento mas necesario de la escritura.

Cuando desaparezca nuestra generacion; cuando en alguna de las grandes conmociones sociales se pierda el recuerdo de los hombres de este siglo, el papel guardará sus nombres y su historia.

Dócil á la voluntad del hombre, el papel le sirve diariamente de guía, consejero y amigo; pero no puede engañar nunca, y pues tiene la mision de hacer que vivan en la posteridad nuestras ideas y acciones y presentarnos al porvenir tales como hemos sido, procuremos

que nuestros pensamientos no mancillen nuestro recuerdo ni hagan maldecir nuestros nombres por los hijos de nuestros hijos.

## II.

### LA TINTA.—LA PLUMA.

Hemos trazado á grandes rasgos en el artículo precedente la historia de los objetos en que se ha fijado la escritura; ese lenguaje mudo del hombre que tanto ha estrechado sus relaciones y comercio desde la primitiva piedra natural hasta el papel, objeto constante y diario de nuestro consumo.

Hablemos ahora de otros objetos tan esenciales casi para la escritura como el papel mismo, y que en amigable consorcio viven desde que salen de sus respectivas fábricas, completándose mutuamente en todos los casos.

Estos objetos de indispensable uso son la tinta y la pluma: la primera imprime en el papel los pensamientos; la segunda es la encargada de la distribución de su compañera.

La tinta, usada ya sobre otras materias, empieza su verdadera historia con el descubrimiento del papel, y le acompaña paso á paso hasta nuestros días.

Semejante á todos los inventos humanos, tiene sus épocas de brillo y sus períodos de decadencia, á veces sigue el torcido rumbo de las bellas artes, y apartándose de su primitiva sencillez, que forma su mérito, adquiere diversos colores que indican su decadencia ó afecta el carácter y color del oro y la plata; á veces se combina con el trabajo del artista, y produce los inestimables códices de nuestras catedrales y archivos; pero su verdadero valor é importancia estriba especialmente en la fuerza del contraste de su color con el del papel en que debe fijarse.

Por eso las tintas negras han sido en todas las épocas muy apreciadas, dejando solamente las de colores para los rótulos y letras iniciales, ó á lo sumo para las primeras líneas de capítulo, según se observa en numerosos trabajos caligráficos y aun en algunos debidos á la imprenta.

Las tintas negras son en muchos casos un mentís á los adelantos de nuestra generación:

compárese la *Reina de las tintas*, cargada de privilegios y recomendaciones, con las usadas anteriormente al siglo VIII, y encontraremos un notable retraso en la industria moderna.

La fórmula de la formación de aquella se ha perdido desgraciadamente, así como la de la brillantez y duración de los colores en las construcciones arquitectónicas árabe-españolas, así como tantas y tantas otras cosas misteriosas de la edad pasada y que no nos es dado penetrar.

Pero ya que investigar no podemos las materias que constituían las tintas primitivas, y mucho menos la proporción en que entraban, tendremos siquiera á que la actual posea las condiciones que deben exigirse de ella.

¿Cuáles son estas?

En primer término, que su negro sea lo mas subido posible, y que aunque líquida al tiempo de usarla, no se borre despues por el frotamiento ni el lavado; en segundo lugar, que se seque pronto y se fije mucho en el papel, sin penetrar sus poros, y finalmente que no se enmohezca.

Mucho pedir es todo esto; pero no mas que lo justo tratándose del valor absoluto de la tinta.

Entiéndase, sin embargo, que hasta ahora solo hemos hablado de la necesaria para la escritura; pues aunque se conoce simplemente con el nombre genérico de tinta, así en las artes como en la industria, cede lugar á la tinta seca ó llámese de China, elemento del dibujante y tapa-defectos del fotógrafo, la de marcar lienzos, las autográficas y litográficas, usadas para la piedra y los metales; las de imprenta, multiplicadoras del pensamiento humano; las simpáticas, tan buscadas por los enamorados y comerciantes, y las destinadas á fijar sobre el cristal, porcelana, hoja de lata y otras materias.

Cada una de estas tintas especiales exigiría artículo aparte, y de no escasas dimensiones, si se tratase de describir su fabricacion; pero ya es tiempo de tratar de la pluma, por lo cual concluiremos de hablar de la tinta, transcribiendo dos pensamientos de dos poetas, inglés el uno y oriental el otro.

Dice el primero:

«La gota de tinta que cae sobre el pensamiento lo fecunda y hace estensivo á millones de hombres.»

Y el segundo: «La tinta de los sabios y la

sangre de los mártires tienen igual valor en los cielos.»

Los egipcios, los griegos y los romanos usaron respectivamente el buril para la piedra y los metales; el pincel para el lienzo, y el estilo para las tablas enceradas.

Las plumas de ganso usadas para la escritura, son desde su origen compañeras del papel y de la tinta. Esta verdad se halla acreditada por algunas miniaturas del siglo VIII, en que se representan varios personajes con una pluma en la mano. No queremos dejar de decir, aunque por incidencia, que las mismas miniaturas nos demuestran la antigüedad de las reglas, compases, tinteros, cortaplumas y otros útiles, así del dibujo como de la escritura.

Fijándonos ahora en la preparacion de las plumas, no queremos tampoco pasar en silencio la sencilla y curiosa operacion á que deben someterse para ser utilizadas, así las plumas de ganso que se usan en la escritura, como las del cuervo empleadas en el dibujo.

Para ello hay que someterlas durante algunos momentos á una temperatura de 60° pró-

ximamente en un baño de cenizas ó de arena fina, y despues frotarlas con un pedazo de tela de lana: de este modo destruye el calor la parte grasa de las paredes de la pluma, haciendo que no rechacen la tinta. Tambien suele dárseles artificialmente, mediante una preparacion química, el color amarillento que toman con el tiempo.

Pero el imperio de la pluma de ave toca á su término: la industria ha encontrado el medio de inundar el mercado con otras plumas mucho mas consistentes y económicas, amenas de limpias y elegantes.

La pluma de acero, cortada en su primitivo origen de planchas de dicho metal, ha dejado su puesto á la de hierro, acerada despues de su fabricacion, y esta ha invadido la mesa del ministro comola del artesano con una pasmosa rapidez.

Los últimos veinte años han presenciado el triunfo del hierro y solamente en alguna clásica escribanía ó en alguna rezagada escuela se ve todavía la pluma de ganso, que acusa de ingratitud á la humanidad, no sin falta de razon.

Aún se ha avanzado algo mas en el camino

de la reforma, y el diamante ha sido empleado para las plumas con el mejor éxito; pero como le diamante cuesta mucho y el problema de la vida es hacerla lo mas económica que sea posible, las plumas de punta de diamante han sufrido una vergonzosa derrota en sus pretensiones innovadoras.

Un amigo del autor de estas líneas decia á propósito de este asunto que las citadas plumas no se generalizarán nunca por dos razones: la primera á causa de que los que pueden comprarlas no suelen saber escribir, y la segunda porque los que saben escribir no pueden comprarlas.

La pluma, como el papel y la tinta, desempeñan un gran papel en la vida del hombre y en la marcha de la humanidad.

Combinada con los citados elementos, hace y deshace los imperios, crea las reputaciones ó las hunde en el descrédito, salva al hombre ó le pierde. Su mision pasiva encierra el bien y el mal, contribuye á la verdad ó fomenta la mentira; ensalza ó deshonra. Es, para terminar, un instrumento de alianza ó discordia, de vida ó de muerte.

III.

LA SEÑORA Y LA ESCLAVA.—AL BORDE DE UN  
TÍNTERO.

Hemos examinado ligeramente los elementos materiales de la escritura y asistido á su progresivo desarrollo, debido siempre á la industria humana. Hemos visto la íntima y necesaria relacion que guardan entre sí, y tenemos, por consiguiente, cuanto es necesario en el terreno material para la escritura. Réstanos decir dos palabras acerca de los elementos que los completan.

Un hábil mecánico español cuenta entre sus invenciones la de una mano artificial que tira al fiorete, juega á los naipes, dibuja y escribe con la mayor perfeccion; pero como todos los mecanismos conocidos, depende de resortes y sobre todo de la voluntad de impulsión de su dueño. Y no podria ser de otro modo, pues la mano del hombre, trabajo perfecto y tan acabado como todos los de su autor, no sirve para determinados usos abandonadas á sí propia. La dependencia de la mano es indiscutible;

pero ¡cuál no deberá ser la perfección de la señora, conocida la de la esclava! ¡Cuán grande no será el poder de la *inteligencia* conocido el de la *mano*!

La ciencia del hombre ha logrado imitar el mecanismo de la mano, y no tenemos reparo en confesarlo, con bastante perfección; pero el Sr. Gallegos, autor del citado aparato, no podría soñar siquiera en imitar la inteligencia del hombre. Si esta no dominase, la mano del hombre se posaría perezosamente sobre el papel sin producir la menor alteración en su blancura; la tinta descansaría en su receptáculo y la pluma carecería de objeto. La escritura, independiente de la inteligencia y de la voluntad, es comprensible únicamente para los partidarios de una flamante secta filosófica cuyo nombre no queremos recordar.

Al terminar este trabajo juzgamos oportuno copiar varios apuntes, tomados hace años al borde de un tintero en un rato en que acaso recordábamos un asunto análogo de cierto escritor francés, tan reputado novelista como hábil jardinero.

A primera vista, y sobre todo en su exterior, un tintero no ofrece al observador nada parti-

cular. Por dentro es un mar sin oleaje ni pescados, sin mas puerto que sus bordes naturales, ni mas embarcaciones que algun fragmento desprendido de la escoba de la criada durante la limpieza y que flota tranquilamente sobre la superficie.

En el fondo residen indudablemente sus productos, y para obtenerlos es necesario previamente revolverlo con una pluma. Entonces se verifica un fenómeno digno de llamar la atencion. Desgarrada la superficie, introducido en su seno un cuerpo acerado, cuya combinacion con las sustancias de que consta la tinta debe ser instantánea, opérase una descomposicion cuyos efectos tratamos de analizar. La tranquilidad del líquido ha desaparecido, dejando lugar á una ebullicion incesante que empieza á producir acto continuo un número de letras cada vez mayor, y que, arrancando del fondo, llegan á la superficie para volver nuevamente al fondo si no han logrado adherirse á la pluma, que opera su trasmision al papel.

Millones de alfabetos flotan alrededor de la citada pluma; pero sin órden ni concierto, sin método ni razon de ser, *empastelados*, como dirán los cajistas queriendo completar mi idea.

La escritura está iniciada: falta solo poderla desarrollar. En vano serán todos los métodos para aprender á escribir, llaméense sus autores Iturzaeta, Lambla ó Gangoiti; en vano será que el uso del papel pautado tenga nuevas reformas y que la postura de la mano, cuerpo y pluma, correspondan á los mandatos de los preceptistas: si se desconocen otras circunstancias, nunca podrá lograrse la instruccion apetecida.

Es conveniente que al combinarse entre sí las letras formando una gota al extremo inferior de la pluma, se sacuda aquella gota con premura, porque las primeras palabras que se arrollan junto á los puntos suelen formar una idea malévola, deshonrosa ó por lo menos poco limpia. De no hacerlo así se estampará indudablemente una palabra injuriosa ó cobarde; por lo menos un borron.

Acto continuo puede empezarse á escribir. La pluma entonces debe llevarse suelta, poco mojada, obediente á la idea que la conduce: como medio de trasmision ha perdido toda su importancia: la imaginacion manda, la pluma obedece. Todo esto en el caso de que haya una idea que estampar ó una verdad que sostener,

pues en el caso contrario (y de ello son buen ejemplo muchos autores) no hay mas remedio que asomarse al tintero, medir su profundidad, seguir los movimientos de las infinitas letras que se chocan en la subida, se estacionan en los bordes ó dormitan en el fondo, y ver de coger al vuelo alguna idea que se haya formado inconscientemente dentro de la tinta para trasladarla *velis notis*, al blanco papel dispuesto á recibirla.

De la primera manera que hemos dicho se manifiesta la inspiracion del poeta ; nacen las lucubraciones dei sábio: fija sus teorías el filósofo; predica la fé de Jesucristo el cristiano.

De la segunda, ó sea asomados á la boca del tintero, nacen las impertinencias literarias, los absurdos científicos, los errores filosóficos, las heregías paganas.

El tintero en el primer caso es el amigo del hombre, el conductor de la verdad y de la belleza, el propagador de las sanas doctrinas: en el segundo es un mueble de barro cuyo líquido mancha el papel, el buen gusto y la sana conciencia.

En el primer caso se halla comprendido en

cuanto se ha escrito para deleitar é instruir: forma en el segundo todo lo que se escribe por escribir.

El tintero en el primer caso ha producido el *Quijote*, una *Guia de pecadores*, una *Oda al Dos de Mayo*: en el segundo nos ha dado otro *Quijote* apócrifo, varias *novelas* de á cuatro cuartos la entrega, y un periódico titulado *El Piston*. En el primero mojaron sus plumas Calderon, Rioja, Jovellanos, Quintana: en el segundo Comella y Rabadán.

### DEBERES DEL HOMBRE.

De nada serviria al hombre el acatamiento á su Creador, si al mismo tiempo que adora su poder y su bondad, no llenase otros sagrados deberes que le impone la misma naturaleza.

Estos deberes tienen su origen en las relaciones que unen entre sí á los hombres con los vínculos de la sociedad, de la nacion y de la familia.

La humanidad es una inmensa familia cuyos miembros son todos hermanos: querer segregarlos es atentar á la voluntad divina, que nos hizo á todos iguales para con él, aunque depositarios de diversos deberes. Los del rico y el pobre, con ser tan diversos, tienden al mismo fin : el primero posee sus bienes para aliviar las miserias de los que carecen de ellos; el segundo les libra de los peligros que ocasionan las riquezas, proporcionándoles el medio de convertirlas en buenas obras. El hombre solo, reducido á sus propias fuerzas, se arrastraría sobre la superficie de la tierra como los animales dañinos, sin comprender la importancia de su mision ó sin poder cumplirla.

Por eso nacieron las primeras sociedades despues del pecado, y por eso fué tan rápido su desarrollo; y cuando el Eterno, queriendo castigar la soberbia del hombre, elige una pena proporcional á su delito, le disemina y le fracciona y confunde sus lenguas y sus usos.

Reconociendo, pues, el hombre la necesidad que tiene del hombre, reconoce tácitamente la precision en que se encuentra de ayudarle en

sus necesidades, consolarle en sus aflicciones, participar de sus alegrías.

Reduciendo á fórmula sus deberes, pueden dividirse en negativos y positivos.

Los primeros se hallan contenidos en el precepto de «no hacer á otro lo que no quisiéramos hiciesen á nosotros mismos»: los segundos en «hacer á los demás lo que quisiéramos se hiciese con nosotros mismos».

Por el primero estamos obligados, no solo á respetar la vida y los bienes de otro, sino también su reputación y su libertad, á no poner obstáculos al cultivo de su inteligencia y sensibilidad, ni arrastrarle á los ficticios placeres que pueden causar su perdición.

Por el segundo debemos amar á nuestros semejantes; ser indulgentes con sus errores, socorrerles en sus desventuras, ilustrarles y guiarles al bien con nuestros ejemplos y consejos.

En estas dos fórmulas se encierran sin excepción nuestros deberes para con el hombre en general. Discurrir sobre ellos sería aminorar su importancia, sin conseguir nunca concretarlos ni reducirlos á un cálculo numérico.

Pero una vez considerado el hombre en sí, debemos considerarle en las relaciones sociales ya establecidas, y que pueden compendiarse en la familia, el pueblo y la nacion. Por la familia entra el individuo en el pueblo, por el pueblo en la nacion, por la nacion en la sociedad universal del género humano.

El hombre en la familia se presenta como hijo, como esposo, como padre, como señor y como sirviente. Como hijo, está obligado ante todo á respetar á sus padres, á amarlos, á seguir sus consejos, á tribularles su reconocimiento. ¡Desgraciado el que no comprendiendo estos hermosos sentimientos, los desprecie sinorante, ó los ahogue malvado en su corazon! El que no ama á sus padres no puede alcanzar la felicidad, porque desconoce la gratitud y no es accesible al mas hermoso de los afectos que ocupan el corazon. Como esposo, debe á su compañera afecto, proteccion y fidelidad. Como padre, son mayores los deberes que le impone la naturaleza: al paso que la madre cumple los suyos siempre espontáneamente, él debe dar direccion á su cariño para que no tenga funestas consecuencias.

La madre ama á su hijo antes que respire:

recoge el primer grito que le anuncia á la vida, y al ponerle á su pecho le da dos veces la existencia.

Sigue inquieta sus primeros pasos, inculca en su temprana imaginacion las primeras obligaciones del hombre, y siempre tierna, siempre cuidadosa, aparta con sus manos las primeras espinas que herirán su planta en la senda del mundo.

El padre debe ademas á sus hijos la triple educacion fisica, intelectual y moral, apropiada á su posicion y necesidades. Como señor debe á los que se hallan subordinados á él indulgencia, bondad, justicia: como criado, debe á sus superiores, celo, fidelidad, deferencia y discrecion.

Los deberes del hombre en la ciudad son tan necesarios como en la familia. Puede ser en ella hombre público y privado: como hombre público, debe llenar con celo, fé y lealtad las funciones que le estén encomendadas, velar por la ejecucion de las leyes y acatarlas, el primero para dar ejemplo: como particular, debe al hombre público obediencia, activa si sus órdenes están conformes con las leyes, y pasiva si son contrarias.

El cumplimiento de los deberes en la ciudad se relaciona y depende de los que exige la nación. Es el primero el acatamiento al poder superior en los gobernados, y la consideración y dulzura en los gobernantes; pues como dice Fenelon, «se puede, conservando la subordinación de los rangos, conciliar la libertad del pueblo con la obediencia debida á los soberanos, y hacer á un tiempo á los hombres buenos ciudadanos y súbditos fieles; sumisos, sin ser esclavos, y libres, sin ser desenfrenados.» El gobernante no debe, por lo tanto, perder nunca de vista que el poder de que es depositario lo ha recibido solamente para procurar el bien de la humanidad.

En consecuencia, debe asegurar á los subordinados justicia y protección, debe reprimir todos los delitos sociales, propagar la educación moral y religiosa, alentar el mérito y honrar la virtud; debe dirigir la inteligencia en la investigación de la verdad, y el corazón hácia el bien; debe, finalmente, organizar las formas sociales, de manera que todos los ciudadanos participen de las ventajas de la asociación, y no se encuentre ninguno desprovisto de la vida material.

Como gobernuado, debe á los depositarios del poder la mas completa obediencia y el concurso de sus brazos y su inteligencia, cuando estén ajustados sus mandatos á las leyes divinas y humanas

Los errores porque camina la sociedad desde su origen, motivan dolorosamente la imposibilidad de conciliar los deberes que reclama la humanidad con los que exige la nacion. La guerra, por ejemplo, apreciada bajo el punto de vista filosófico, considerada como un acto libre, es un delito social.

Las muertes en masa, á la faz del sol, sobre un campo de batalla, no son mas lícitas que las que se ejecutan en detalle en un bosque ó entre las sombras de la noche; pero es de presumir, por el progreso de la civilizacion, que detrás de las conmocion s que hoy agitan á todo el globo, dominarán la paz y la fraternidad instituidas por el Señor, y se avergonzará el hombre al recorrer las sangrientas páginas de su historia.

UN TIPO DE MORATIN.

Cuenta la tradicion, acaso fundada en la fábula, que habiendo pintado Apeles á un niño riendo, tomó despues la paleta delante de varias personas, y con solo una pincelada logró que el niño figurase llorar.

Es fácil que el alarde de Apeles, verdadero ó falso, no tenga gran número de imitadores, pues nada es tan difícil para el artista como trazar con exactitud un rostro infantil, por el escaso carácter que ofrece y lo poco definidas que suelen estar sus líneas principales.

La misma dificultad ofrece al poeta dramático la pintura de un carácter con escasas condiciones de tal.

Nada mas sencillo que detallar el heroismo, la traicion, la franqueza, el rudo valor ó la hipocresía; nada tan difícil como pintar con acierto á una jóven, cuando en ella no resplandece ninguna cualidad extraordinaria.

Y esto se comprende atendiendo á que la

jóven es en el teatro lo que el niño en el lienzo del artista; pero si este, á pesar de las dificultades, logra ser reproducido por el pincel, aquello no podia dejar de serlo por la péñola dramática.

No faltan detractores de D. Leandro Fernandez Moratin que traten de empequeñecer su figura, hombrearse con él, discutir su importancia y negar su autoridad. No falta quien se haya atrevido á firmar un epígrama, consiguiendo que le hace roncar *La comedia nueva ó el Café*; pero esto solo prueba que D. Hermógenes ha tenido numerosa y masculina sucesion, sirviéndonos de la frase del inolvidable Inarco Celenio.

Contra dichos detractores y sobre su voz desautorizada, se encuentra el unánime aplauso de todas las personas sensatas, que ajenas á pasioneillas literarias, se complacen en reconocer y propalar el mérito de Moratin, cuyo castizo estilo recuerda nuestro siglo de oro, borra la historia literaria de la segunda mitad del siglo XVIII é inicia un lento, aunque positivo renacimiento de nuestra literatura.

Para juzgar á Moratin como autor dramático, es fuerza fijarse en *En el sí de las niñas*:

todas sus demás comedias, aunque escritas con suma discrecion, están mucho menos sentidas que esta, sin duda porque Moratin dejaba hablar en ella, al escribirla, á sus propios recuerdos, acaso á los afectos mas profundos de su corazon.

Las sospechas de los críticos han sido confirmadas plenamente con la publicacion de las obras póstumas de D. Leandro Fernandez Moratin. La numerosa coleccion de cartas dirigidas á su familia y á su amigo Melon, permiten recordar á cada paso los menores detalles de *El sí de las niñas*, para mengua de un escritor que ha osado afirmar que dicha comedia es *inverosímil*.

¡Inverosímil *El sí de las niñas*, cuyos tipos están copiados exactamente del natural!

¡Inverosímil una comedia en que se censuran costumbres que nuestros padres conocieron!

Lo verdaderamente inverosímil es que no falte quien acuse de inverosimilitud á Moratin.

¡Inverosímil sobre todo el tipo de Paquita con sus recuerdos del convento, su obediencia exagerada al mandato materno, su docilidad

para labrar su desgracia y la de un honrado anciano; de Paquita, tan accesible al amor y agradecida á la generosidad!

Si los detractores de Moratin hubieran circunscrito su censura á la figura de D. Diego, acaso les concederíamos que ya su tipo es hoy algo inverosímil, por no estilarse tíos que sacrifiquen su felicidad á la de sus sobrinos y les regalen ademas onzas de oro; pero en tiempos de Moratin no eran raros dichos tíos, como lo prueba el mismo escritor perdonando á sus sobrinos una deuda de 90.000 reales, cuando él solo disponia de lo estrictamente necesario para permitirse ir al teatro, tomar dos onzas de chocolate en su desayuno y tener una pequeña y escogida biblioteca para su esparcimiento.

Precisamente si hay alguna figura en *El sí de las niñas* que cautive al lector y espectador es indudablemente la de doña Paquita. ¡Y cómo no, si Moratin la trasladó desde su corazón al teatro!

Paquita era su misma prima doña Francisca Muñoz, hija de la madrina del poeta, aquella buena señora con quien bromea Moratin porque su letra *ella misma se la inventó* y cu-

yas aprensiones y raras ideas censura unas veces, criticándola otras por su facilidad en contraer amistades, su credulidad en la buena fé de los demas y su aficion y aptitud para pretender.

Paquita es acaso el único amor de Moratin pues no merece aquel nombre su pasion de adolescente para la hija de Bernascone.

Antes de emprender sus viajes, Moratin apunta en un diario los sucesos de su vida y sus mas íntimas impresiones. El nombre de Paquita no falta en él casi nunca, unas veces por haberla regalado un abanico ó unos pendientes: otras por haberla visto llorar, á causa de tener maltratada la cara. Ya refiere haber disputado con su tía, ya haber gastado chanzas con Paquita. Estas chanzas menudean en el diario de Moratin, y en 7 de Julio de 1799, despues de consignar dichas bromas con su prima, añade: *quam osculavi* es decir, á la que dí un beso.

Siete años mas tarde Paquita trata de casarse y Moratin consulta con su amigo Melon aquel extremo: llega el dia 9 de Diciembre y escribe en su diario:

*Aquí Paquita y su madre; consulta sobre ca-*

*samiento de Paquita: yo... testamento... ternezas.*

Cerca de un año despues, el dia 7 de Setiembre de 1807, escribe Moratin en sus notas diarias, para las que pone á contribucion varios idiomas y usa una taquigrafia especial:

*Paseo con Melon en coche, donde me dió noticia de que se casaba Paquita: lloramos..... yo triste.*

¿Cómo, preguntarán los lectores, es Melon quien le da la noticia, siendo Moratin el consejero constante de su familia?

Misterio es este que no hemos podido descifrar. Tal vez consista en que Moratin no quisiera intervenir para nada en aquel matrimonio, por lo que á su corazon lastimaba.

No seguiremos analizando este asunto: bástenos añadir que el casamiento de Paquita se verificó mucho mas tarde, y que Moratin, obligado á viajar por Italia, Inglaterra y Francia, prosiguió escribiéndola continuamente y dedicándola las frases mas cariñosas, aunque impregnadas de un respeto profundo.

El que tanto la apreciaba en vida no podia olvidarla en la hora de su muerte. Una de las cláusulas del testamento de Moratin, dice lo que sigue:

«A doña Francisca Muñoz, que vive en Madrid, calle del Desengaño, esquina á la del Barco, cuarto tercero, se la darán cincuenta duros de mi parte; y ella entregará á la real Academia de San Fernando, un retrato mio; pintado por D. Francisco Goya, que tiene depositado en su poder, si la real Academia se digna aceptar esta memoria.»

El Sr. D. Manuel García de la Prada, encargado de cumplir esta parte de las últimas disposiciones del poeta, que acababa de morir fuera de su patria, escribía en 4 de Setiembre de 1828 al Sr. D. Manuel Silvela:

«... Habiendo estado á ver á doña Francisca Muñoz sobre la entrega del retrato para la real academia, no puede V. figurarse el sentimiento que ha causado semejante noticia á esta buena mujer. Ha enseñado carta de D. Leandro, fecha 22 de Marzo de 1817, en que con las espresiones mas terminantes la da el retrato por los dias de su vida. En fin, despues de infinitas reflexiones y en medio de infinitas lágrimas, se convino en entregarle y en percibir los mil reales del legado. Aseguro á V. que me ha compadecido dicha señora por su honradez y por el singular cariño que tiene aldifunto.»

Y añade el mismo Prada veinticuatro días despues: «... cada vez me admira mas la estimacion que profesa á la memoria del difunto...»

Cerremos aquí estas breves reflexiones. Los que deseen conocer por completo el tipo de la obra maestra de Moratin, que estudien las cartas del mismo. En ellas encontrarán de paso galas de lenguaje, nobles sentimientos, sátira culta y fina, pintura estremada de afectos y magistrales descripciones. Estúdienlas, como dejamos dicho, con detencion; lean despues *El sí de las niñas* y sus demas obras y verán conciliadas en ellas dos opuestas opiniones, pues el teatro de Moratin es al propio tiempo *el espejo y la escuela de las costumbres*.

---

## LOS PERIODICOS

### OPOSICIONISTAS Y MINISTERIALES.

Con verdadero dolor tenemos que consignarlo. Para todas las personas que apartadas del juego de la política se detengan á examinar lo que es y lo que significa la prensa periódica, la conducta de esta tendrá que hacer-

las concebir una tristísima idea de su elevada mision. El bello ideal del periodista se funda hoy en causar en sus lectores algun efecto, aunque este sea pasajero y carezcan de exactitud los hechos en que funde sus apreciaciones. Ya no se diserta, ya no se razona, ya no se discute por la mayor parte de la prensa periódica: en cambio se ataca violentamente al contrario, se propaga el absurdo y se defiende el error.

El espiritual dibujante Grandville presentó en una de sus láminas la situacion del poder y la de la prensa. El primero se hallaba representado en la persona de un ministro, con un pié en tierra y el otro inclinado hácia el abismo, atado de brazos, cargado con el peso de su cartera y teniendo entre las manos un cetro de caña, símbolo de su quebradiza autoridad. La oposicion periodística estaba representada por media docena de plumas enristradas contra su víctima, y á las cuales habia conseguido, por el privilegio del génio, darles intencion y vida. El trabajo de Grandville durará cuanto duren en el mundo ministros responsables y periódicos de oposicion, por la verdad que encierra su alegoría.

Triste es efectivamente la situación de los ministros por el ensañamiento de las oposiciones.

Triste es abrigar la seguridad de que todos sus actos, aunque estén dictados por el mayor patriotismo, han de ser traducidos como el colmo de las iniquidades.

El periódico de oposición se publica diariamente y necesita renovar sus censuras cada veinticuatro horas: para cumplir sus compromisos es necesario que existan grandes desaciertos ó crímenes políticos, y si estos no existen es forzoso inventarlos. El ministerio peca siempre por exceso ó por defecto: es malo todo cuanto hace, y malo todo cuanto deja de hacer. La reserva es en él la confesión de sus errores: la franqueza, repugnante cinismo. Si pretende ser económico, la prensa de oposición le acusa por desatender las obligaciones del Estado y no fomentar el desarrollo de la riqueza; si el presupuesto de gastos no disminuye, el gobierno nos lleva con sus despilfarros á la bancarota y al descrédito. Si respeta los derechos del individuo, el gobierno es reo del crimen de dejar entregada á la sociedad á sus enemigos: si reprime los abusos

del derecho, el gobierno falta escandalosamente á las prescripciones de la Constitucion.

Su severidad en el castigo, denota su intencion sanguinaria; su generosidad es hija de la cobardía. Y cuando llegan para un pueblo los solemnes momentos en que el sufragio Universal ha de nombrar los representantes de los distritos para los cuerpos legislativos, el periódico de oposicion explota una tan riquísima mina de censuras, pintando al cuerpo electoral arrojado á bayonetazos de los colegios, quemadas las urnas y recorriendo el territorio millares de agentes del gobierno, repartimiento á manos llenas el oro de la corrupcion á los amigos, y el plomo mortífero á los adversarios. Mas tarde, al verificarse el escrutinio, los votos se aplican injustamente ó desaparecen de las urnas; los Lázaros abandonan sus tumbas y acuden al Congreso y este se constituye al cabo sobre una montaña de cadáveres de los electores de oposicion.

Los periódicos oposicionistas han cumplido su mision: la simple lectura de los mismos comprueba cuanto hemos dicho. Busquemos las colecciones de los periódicos correspondientes á las épocas electorales, antes y des-

pues de establecido el sufragio universal, y se herizarán nuestros cabellos al considerar el número de víctimas que han causado en España las elecciones, número muy superior al de los infelices que fueron quemados durante siglos por el Tribunal de la fé.

¿Y qué hacen entre tanto—me objetarán los lectores—los periódicos ministeriales?

La mision de estos—contestaremos—es mucho mas difícil que la de los de oposicion. Los periódicos ministeriales necesitan renovar diariamente la dosis de entusiasmo que gastan en cada uno de sus números: para ellos el error es incompatible con las personas que ocupan el poder, y cada uno de sus actos motiva diferentes trabajos en que se entusiasman hasta el enternecimiento.

Cuando un ministro proyecta adoptar una medida política, cualquiera que esta sea, el periódico ministerial se hace heraldo de su llegada y campeón de su conveniencia; cuando llega á plantearse, el periódico ministerial sostiene rudos combates contra todos los que tienen el atrevimiento de conceptuarla defectuosa; cuando pertenece á la historia, el periódico ministerial la recuerda con cariñosa com-

placencia, á menos que el ministerio haya derogado su medida, aleccionado por la experiencia, en cuyo caso el periódico demuestra una vez mas su imparcialidad..... colocándose al lado del gobierno.

El periódico ministerial podrá negar acaso la infalibilidad pontificia; pero en cambio se la concede á todos y á cada uno de los ministros.

Acaso olvidará los artículos de la fé cristiana; pero lo mas regular es que incluya entre ellos las palabras de los gobernantes.

El periódico opositor podrá inspirarse en sus odios y ambiciones: el periódico ministerial solo se inspira en su servilismo. ¿Pueden, por lo tanto, representar uno ni otro la opinion pública? En nuestro concepto, la contestacion no es dudosa.

Pero entiéndase que hablamos en general y que censuramos vicios muy arraigados, pero no irremediables. Existen excepciones muy honrosas en la prensa española; existen diarios que, lo mismo estando enfrente que al lado del gobierno, combaten con dignidad ó defienden con mesura todos los actos públicos del ministerio; periódicos que comprenden

las exigencias de su elevada mision y saben cumplirla.

Por desgracia para la institucion, estos periódicos son los menos.

---

### EL TIEMPO.

El tiempo es una de las cosas mas difíciles de definir, mas imposibles de concretar.

La mitológica alegoría de Saturno devorando á sus hijos es, aunque no completa, una de sus mas gráficas manifestaciones.

El tiempo hace sinónimas las mas contrarias ideas; al paso que muchas personas están haciendo tiempo, otras le matan, protegidas por la mas absurda impunidad. Analizad ambas operaciones y hallareis su perfecta analogía.

El tiempo se subdivide en diversas épocas sin que pueda detenerse su carrera. Meditamos acaso en una futura, y el incansable movimiento del reló nos la hace presente en un segundo: apenas hemos conocido su posesion, cuando otra vuelta del minuterero nos indica que acaba de hundirse en el pasado.

Por eso aborrezco esa conquista de la mecánica, destinada exclusivamente á nuestro martirio; por eso el gremio de relojeros ataca mi sistema nervioso de una manera poco comun.

¡Cuánto mejor no seria inventar un dique que paralizase la impetuosa carrera del tiempo!

Bien es verdad que el problema es algo difícil, habiendo muerto Josué sin darnos la clave del enigma, esa preciosa incógnita que vamos buscando toda la vida y que ha de perseguirnos en la eternidad.

Otra de las mas diabólicas invenciones para medir el tiempo es el calendario: á no hallarse sazonados los mas que se publican con observaciones astronómicas, cuya exactitud somos los primeros en desconocer, seria para el hombre pensador lo mismo que una sangría suelta.

Afortunadamente, nadie busca en el Calendario mas que las campanadas de incendio ó las tarifas de los ferro-carriles.

¡Qué dichosos son los que ignoran su edad, los que no saben qué hora es, y los que no compran Calendario!

¡El tiempo!

¡Bajo cuán diferentes prismas se puede considerar por el hombre.

Puede decirse que no vivimos nunca en el presente: la imagen del pasado se refleja siempre en nuestra imaginación como un conjunto de risas, de amores é ilusiones; la del futuro, en cambio, ofrece para el desgraciado una profunda oscuridad. Sin embargo, por un procedimiento que se burla de todos los cálculos de la ciencia, de todas las hipótesis de la lógica, la sombría senda de lo futuro se ilumina con la antorcha de la fé, cambiándose á poco en el verde matiz de la esperanza.

Y no obstante, los tiempos no cambian. Saturno prosigue cenándose á sus hijos, como si tal cosa. ¡Pobre mundo, cuando llegue á los postres!

El tiempo es el mayor enemigo de los cálculos; su invulnerable coraza le pone á cubierto de la humana ambición. Impasible, sereno y hasta sarcástico, acompaña á las generaciones en su peregrinación terrena, sin mas armas que su constante presencia. Sus proyectiles son inapreciables en un principio; poco á poco el número excesivo con que nos ataca consigue fijar nuestra atención y hacernos estremecer.

La primera cana en nuestro cabello, la primera arruga en el rostro, la muela que nos abandona, el dolorcillo que nos persigue, suelen pasar desapercibidos para nosotros; pero al ver nuestra cabeza plagiando al Guadarrama, al notar que la epidermis se divorcia del tegido celular, al recordar las veces que hemos enterrado parte de nuestro individuo en casa de Nogués ó Ludovisi, y al comprender, finalmente, que el dolor que nos aqueja es hermano mayor de los muchos que le precedieron, proclamamos la victoria del tiempo y nuestra derrota.

Acaso la ocultamos hipócritamente durante algunos años, arrojándonos en brazos del empirismo; pero en este caso, en el pecado llevamos la penitencia. ¡Qué pobres adversarios del tiempo son el *aceite de bellotas* y las dentaduras postizas!

Por eso han acudido los hombres á su arma favorita, para esgrimirla contra el tiempo; la calumnia.

—No tuve tiempo de ver á V. ayer, dice el deudor á su inglés mas encarnizado: mañana hablaremos.

—No puedo comprarle á V. su artículo,

dice á un literato su editor; ¡están los tiempos tan malos!

—Se suspende la función por el mal tiempo, estampa en letras de molde un empresario que no ha vendido dos entradas.

—¡Allá en mis tiempos no había esta inmoralidad! esclama un representante de Trafalgar cuyo escaso entendimiento no le ha permitido ascender en su carrera.

—Con estos días tan cortos, no queda tiempo para nada, añade un perezoso.

Y estas diferentes calumnias se dicen á sangre fría, con la sonrisa en los labios, lo mismo por los nobles que por los plebeyos, lo mismo en el templo que en la taberna.

Y la humana justicia presencia indiferente el espectáculo, sin imponer siquiera un arresto menor á los delincuentes.

¡*Oh tempora!*

El tiempo es el testigo obligado en todas nuestras predicciones, y la última razón de los mentirosos.

Con el tiempo maduran las uvas.

Con el tiempo se especula y se comercia, por aquello de que el tiempo es dinero, según un aforismo económico.

El tiempo dicen que se va , cuando somos nosotros los que nos vamos , y para no volver

Finalmente , el tiempo se pierde de diferentes maneras; al paso que unos lo pierden leyendo artículos como el presente, otros lo consiguen, y mas lastimosamente , dedicándose á escribirlos.

---

### EL PRESTAMISTA.

---

Mucho se ha discutido acerca de los empréstitos de todas clases y formas.

Los legisladores le han dedicado sus ócios, los políticos sus vigiliass, los economistas sus esfuerzos.

Los poetas, mas felices, han cantado sus excelencias bajo el punto de vista de la práctica, y la deuda individual ha encontrado su disculpa en las deudas nacionales.

Sin embargo, en esta como en todas las cuestiones humanas, aun no se ha pronunciado la última palabra.

Y eso que el asunto se *presta* y que el progreso en esta cuestion es evidente.

Nuestros abuelos prestaban sobre su palabra.

Nuestros padres sobre su firma.

Nosotros prestamos sobre alhajas y ropas en buen uso.

Nuestros hijos prestarán acaso sobre la honra.

La sociedad humana, conforme envejece, se va volviendo desconfiada, y dentro de poco pertenecerán los préstamos á la historia.

La usura, que es una señora muy respetable, desaparecerá indudablemente, y muy pronto, de la tierra en que habita, y entonces el hombre ignorará lo que son pagarés, recibos simples y juicios consentidos.

Pero mientras esto no suceda, en tanto que el hombre al huir del *Scylla* del hambre tropiece con el *Caribdis* del préstamo, este disculpará graciosamente que se escriba acerca de él, tanto más cuanto que cualquier artículo que motive será de circunstancias.

Para hablar del préstamo no hacen falta además grandes conocimientos; basta dejar correr la pluma por el mundo de los recuerdos ó asomarse el escritor al espejo.

Todos hemos prestado; todos hemos solicitado préstamos.

Es asunto, por consiguiente, que á todos nos es muy conocido, aunque no á todos nos sea muy simpático.

Desde el infeliz cesante, que pide, sombrero en mano, se le preste medio duro para comer, hasta la encopetada dama de la aristocracia que dispensa á un usurero la honra de acordarse de él para pagar su abono en el teatro, todos pedimos prestado.

Desde el que presta á real por duro á la semana, hasta el millonario que figura como acreedor á los presupuestos de los grandes imperios, todos prestamos.

Y si dejamos los préstamos efectivos por los imaginarios, veremos que mas fácil es prestar un duro que prestar atención á las palabras de un necio, prestar oídos á la murmuración, prestar belleza al vicio, prestar calor á lo que ha dejado de existir.

Pero el hombre, que con nada se satisface, ha querido ser tambien objeto del préstamo, y se presta diariamente á vilezas sin cuento.

Los usureros de oficio han motivado largos y bien meditados trabajos literarios, y la ciencia, que diariamente adelanta, acaba de comunicarme respecto á ellos curiosos

análisis, detalles interesantes en sumo grado.

Un reputado naturalista ha descubierto que participan del hombre y la garduña, y pretenden hacer de ellos una clasificación especial.

Un físico afirma que tienen igual peso específico que el del oro que guardan.

Un químico no ha podido encontrar para estos seres otro disolvente que el agua régia.

Un mecánico asegura que no hay aparato capaz de extraer de ellos un átomo de caridad.

Un frenólogo ha encontrada en un ejemplar de la especie un órgano solo: el de la adquisitividad.

Un anatómico asienta la doctrina de que es el único ser que no cuenta entre sus vísceras el corazón.

Los filósofos materialistas los citan con repetición para demostrar que el hombre no tiene alma.

¿Y cómo existen entonces? preguntará el curioso lector.

No sabré responder á dicha pregunta; pero que existen es indudable.

¿Dónde y cómo?

En la Edad Media se ocultaban bajo la túnica judaica, según nos dicen todos los novelis-

tas, desde Walter Scott hasta los que nos dan sus obras á cuatro cuartos la entrega.

En época mas reciente forman gremio, queriendo competir con la benéfica institucion titulada Monte de Piedad, y prestan dinero *sobre* alhajas.

Ya en nuestros dias; constituyen Sociedades, Bancos y otros escesos; adquieren propiedades; usan guantes de Dubost y frac de Muñoz y Moreno; pasean en *landó*; asisten á los juzgados, por la mañana acompañando á sus víctimas, que suelen ser viudas, regularmente, y por la noche al Casino y al Real.

El tipo del usurero ha degenerado, desde el arqueológico amontonador de ochavos hasta el flamante derrochador de onzas.

En cambio el de la víctima sigue estacionario, representando en el mundo, cuyo activo movimiento no se paraliza nunca, el único papel pasivo: la personificacion gráfica de la inercia.

En vano se hunde el imperio romano; en vano descubre Colon un Nuevo-Mundo; en vano cruza los aires Montgolfier, y Daguerre retiene en el cristal la imágen humana, y el cable telegráfico une á Europa y América, y

Monturiol navega bajo las olas en competencia con los besugos ; el deudor conserva su tipo, sus modales y sus tradiciones.

El usurero, sin embargo, no es un delincuente vulgar : tiene un cómplice eficaz y poderoso. ¿Quereis saber cuál es? Pues no acudais en su busca al gabinete del sábio que dedica su vida á investigar la causa de los males del hombre; no preguntéis por él al misionero que en abrasadas zonas clava la Cruz del Redentor del hombre ; no queráis encontrarle bajo las tocas modestas de la hermana de la Caridad, ni en el pecho del mortal que se lanza al agua ó al fuego para librar á un semejante la vida. Buscadle junto á la mesa de la orgía, en los salones brillantes, sobre el tapete verde de la mesa de juego.

Buscadle, y sabreis que es el *egoismo*.

Y si quereis aplicarle un castigo; si no tratáis de hacer inútil su hallazgo, pensad en los miserables que piden pan, en los abandonados que piden cariño y en los ignorantes que piden instruccion.

## LOS SONIDOS.

Sonido, según el Diccionario de la Academia, es «el especial movimiento, impresion ó »conmoción del aire, herido y agitado de algun »cuerpo, ó del choque ó colisión de dos ó mas »cuerpos, que se percibe por el oído.»

La definición no será muy clara, pero sí bastante exacta examinándola con detención.

Bien es verdad que antes de ser fundada la Academia que limpia, fija y da esplendor al idioma patrio, nuestros abuelos comprendían perfectamente lo que es un sonido, como monsieur Jourdain había hablado en prosa durante cincuenta años sin apercibirse de ello.

Los sonidos por lo tanto, son tan antiguos como la creación; siguen con ella y con ella terminarán; sus numerosas manifestaciones nos pueden dar una idea, aunque vaga, del infinito.

Y sin embargo, tanta es su modestia, que se hallan encerrados todos en dos líneas del diccionario.

El catálogo de los sonidos, si fuera posible formarlos, no podría imprimirse por todos los cajistas que se hallan sin trabajo; todas las fábricas de papel bastarían apenas á proporcionarlo para un ejemplar; todos los empleados de España no podrían ponerlo en cuartillas en el término de un siglo.

Y cuenta que para ello concedo que los cajistas quieran trabajar, que los fabricantes alcancen la protección que solicitaban no hace mucho, y que los empleados no fumen ni lean novelas en las horas de oficina.

Me parece que es conceder.

El sonido de mi pluma, que se desliza sobre la tersa superficie del papel, me llama al órden al llegar á este punto, advirtiéndome que toda digresión inútil es, cuando menos, un atentado contra la paciencia del lector.

Obedezco y prosigo.

Los sonidos pueden clasificarse de varios modos; pero su natural división debe ser, á mi juicio, en sonidos grandiosos, agradables, y desagradables.

Todos son sonidos; todos entran en la definición académica; todos tienen igual valor para el lenguaje, y sin embargo, ¡cuánta diversidad!

de manifestaciones y de cuán diferentes modos se producen! ¡Qué distinta impresion llevan á nuestro ánimo!

¡Qué abismo tan inmenso existe entre el sonido de la risa del niño y el que producen las campanas cuando doblan á muerto; entre los acordes de la música y el eco de la fusilería; entre el mágico ruido del dinero y el majestuoso zumbido del viento!

La percepcion de los sonidos se verifica siempre igualmente y se produce no pocas veces de una manera análoga.

Una sílaba pronunciada en el mismo diapason no tiene, á pesar de esto, el mismo valor en todas las circunstancias.

El *sí* que nos da la mujer amada nos embriaba de placer; el que da á nuestro rival nos enloquece de furor.

La frase ha sido la misma, el sonido idéntico, nuestro aparato auricular lo recibe tal vez con igual claridad; pero en el primer caso era equivalente á una armónica sinfonía, y en el segundo á una desacorde cerrada.

En esta y otras circunstancias deseáramos ser sordos á riesgo de no comprender la definicion de la Academia.

Es verdad que mas de una vez desearíamos tambien carecer del sentido del oido para no escuchar, por ejemplo, la lectura del drama de un autor novel, las alabanzas tributadas á nuestros enemigos ó los coros de las zarzuelas bufas.

Justifiquemos ahora la clasificacion indicada.

Cuando las ramas de los árboles, agitadas por el viento, nos indican la existencia del Omnipotente, de quien proceden los vientos y los árboles; cuando sentados junto á un torrente vemos precipitarse desde las elevadas rocas un rio espumoso y brillante, en el que juegan los colores del iris, y que, rompiéndose en un valle, fertiliza y fecunda los campos; cuando el horizonte se cierra, las amontonadas nubes se confunden y trasportan instantáneamente á las mas apartadas regiones el temeroso ruido del trueno y el solemne resplandor del rayo; cuando el huracan desgaja los mas robustos troncos y las mas sólidas construcciones; cuando todos estos indescriptibles fenómenos se presenciarian en alta mar, juntándose el ruido de los vientos al de las olas encrepadas, las oraciones de los náufragos con los lastimeros can-

tos de las aves marinas, estos sonidos grandiosos, como emanados del Ser Supremo, reclaman un preferente lugar en la clasificación. Y cuando el hombre canta las maravillas de la creación y ensalza á su Creador, su voz lucha en grandeza con el eco del torrente y la tempestad en el mar.

Los sonidos agradables, como casi todos los demas, dependen en gran parte de las circunstancias en que son escuchados. Nada más halagüeño, por ejemplo, que el producido por el dinero, fruto de un honrado trabajo; pero aquel mismo dinero, en la bolsa del bandido debe perder todos sus encantos.

En cambio el primer gorjeo de las soñolientas aves que saludan al nuevo día y bendicen la creación; el eco de la primera confesion de amor en una niña; el débil llanto que nos anuncia la existencia de un hijo, sonidos son agradables para todos los que sienten ocupado interiormente su pecho, para todos los que juzguen el corazón algo más que una víscera necesaria para la vida animal.

Desgraciados los que no encuentren consuelo en los citados sonidos ni los aprecien en todo su valor, pues serán capaces de comprender

y apreciar los que deben clasificarse entre los sonidos inútiles.

No me preguntéis cuántos ni cuáles son estos: bastará que os cite algunos para que me deis la razón por completo.

¿Habeis tenido alguna vez la desgracia de estrenar botas musicales, en las que el terciado corte de la suela produce un periódico crugido que os hace centro de todas las miradas? Pues dichas botas in-armónicas y denunciadoras encierran uno de los sonidos mas útiles que puedo recordar.

No de menor inutilidad es el producido por las promesas de un ministro, aunque los tontos acostumbran á clasificarlo entre los sonidos agradables.

Entre otros sonidos de esta índole deben citarse, en igual grado de inutilidad, las murgas, las salvas de artillería y el ruido del beso cuando las primeras carecen de arte, las segundas de proyectil y el último de amor.

Los sonidos desagradables no pueden calcularse aproximadamente siquiera; ¡tanto es su número! Sin embargo, un curioso estadista pretende que pueden encerrarse todos en

La palmeta del maestro.

Las toses que escucha el poeta en el estreno de su comedia.

Los silbidos y pataleo que le siguen.

Las palabras del necio.

El canto del sereno.

El bofeton que nos aplican.

El ensayo de un aprendiz de piano.

El pistoletazo que nos dirige un adversario.

La conversacion de un adulator.

El movimiento de un presidiario, y

El ruido de la lluvia sobre un sombrero nuevo.

El autor de estas líneas, al querer concretarlas, tiene por el mas grandioso de todos los sonidos el que nos recuerde mejor al Ser Supremo; por el mas agradable el aplauso que la multitud tributa al genio; por el mas inútil algunas de las modernas discusiones parlamentarias, y por el mas desagradable el campanillazo con que llama á nuestra puerta el acreedor.

## LA GUERRA EN EL SIGLO XIX.

La necesidad, origen de todas las industrias humanas, lo fué tambien indudablemente de las armas mortíferas. Reducidos los primeros hombres á sustentarse con la caza de los bosques, y á tener en ellos su habitacion, debieron buscar una defensa para su persona y pretender suplir con instrumentos toscos su debilidad con respecto á las bestias feroces. Y juntando á un tronco una piedra cortante, aguzando una caña para que les sirviese de flecha, haciendo con las robustas encinas terribles mazas, pudieron dormir tranquilos en medio de las fieras y perseguirlas y darlas muerte, para atender á sus necesidades de alimentacion y de vestido.

Pero ya entonces habia sido regada la tierra con sangre humana, ya entonces era conocida la envidia, y no es estraño que degenerando del primitivo objeto sirviesen los pacíficos instrumentos de la caza y la labranza, para satisfacer ódios y conseguir riquezas.

Desde entonces cuidó el hombre de mejorar

su fatal invento: trabajó el hierro, lo hizo flexible y cortante, y dándole innumerables formas creó, por decirlo así, el reinado de la destrucción. Hállanse en las mas remotas épocas referencias á las armas de que se servian los pueblos primitivos; conforme vamos adelantando en la historia se nota página por página la triste consecuencia de su invencion, y en mas modernas edades, en que ya vemos con entera claridad circunscribirse los acontecimientos, con sus causas originarias y con sus resultados todos, juegan las armas tan importante papel, que si el hombre llenase su mision de paz y mansedumbre, apartaria horrodozando su vista y el rubor se pintaria en su rostro, de no juzgar engañosa fábula la narracion de los antiguos hechos.

Pero el hombre, como hemos dicho, va mejorando de dia en dia los medios de destrucción: á los antiguos é inseguros sistemas de guerra, suplen hoy otros infalibles: á las pesadas y toscas armas sustituyen otras construidas con arreglo á los adelantos de la actual civilizacion. Las máquinas de sitio y asalto nos parecen ridículas, si las comparamos con nuestros trenes de guerra.

En dos grandes épocas puede considerarse subdividida la forma de la guerra, sin ser posible otra división.

Forman la primera: la historia de los pueblos primitivos, los grandes imperios de Oriente, las persecuciones contra el cristianismo y la formación de las naciones de Europa, después de la irrupción de los bárbaros.

La segunda empieza en el siglo XIV próximamente.

Una invención terrible, lo mismo para el mal que para el bien, forma la línea divisoria de ambas épocas: la invención de la pólvora.

Algunos la atribuyen al monje inglés Roger Bacon, mientras otros, fundados en pruebas seguras, afirman que era conocida de los chinos desde mucho más remota época y que los árabes la introdujeron en Europa al posesionarse de España.

Pero lo que no admite duda es que sus aplicaciones no tuvieron importancia hasta el año de 1346, en que la usaron los ingleses en la batalla de Crecy, debiéndola la victoria que alcanzaron contra los franceses.

Desde entonces se generalizó su fabricación y uso por el mundo entero, llegando á ser la

verdadera razon, ó por mejor decir, la única,

El hombre, orgulloso y vengativo por naturaleza, se vió ya protegido y vengado mediante ella.

La facilidad de deshacerse de su enemigo sin riesgo de su vida, hizo se desarrollasen en él sus feroces instintos, y pasando del individuo al pueblo y de este á la nacion, hicieron aumentar la importancia de la pólvora á un grado tan alto como hoy la vemos.

En vano la industria reclamaba para sí las ventajas de aquella invencion: estaba escrito que iba á ser un nuevo gérmen de discordias y un nuevo medio de resolverlas, y lo fué con efecto.

A los antiguos horrores de una batalla era preciso añadir otros nuevos, y la pólvora los añadió.

No bastaba que se privasen las naciones de los mas robustos brazos, para emplearlos en deshacer la obra de Dios: era preciso que el instrumento que lo habia de efectuar fuese seguro como la voluntad y pronto como el rayo.

No nos detendremos en refutar las supuestas razones que defienden la guerra, pues hay

verdades axiomáticas, incontrovertibles de por sí.

Considerada la guerra religiosa y filosóficamente, es criminal.

Concedamos, no obstante, que diplomáticamente ha podido ser algún tiempo necesaria, y acaso por esta consideración se ha tratado de equiparar las fuerzas de los hombres, mediante los destructores aparatos guerreros de nuestros días.

Pero ¿se ha llenado el objeto? Triste y necesario es confesarlo. Los grandes inventos, de que tanto se vanagloria nuestro siglo, solo han servido para facilitar la destrucción y para aumenar las guerras.

Es cierto que en las modernas batallas se alcanza raramente al enemigo y se evitan mucho las luchas cuerpo á cuerpo; pero en cambio han aumentado las masas, ha crecido el número de combates y el cañon lanza la muerte á prodigiosas distancias.

Esparta daba á sus hijos espadas cortas para que se acercasen mas al enemigo; las naciones modernas, por el contrario, estudian incesantemente la manera de destruirle sin verle.

Si en la primera habia mas heroismo, hay mas recursos en las segundas.

Antiguamente se calculaba el modo de inutilizar solamente á un contrario: hoy se cree imprescindible destruirle.

Antiguamente se adquiria la gloria sin la muerte: en nuestros dias se busca la muerte mas que la victoria.

Y no se crea que exageramos: la forma de los proyectiles, á propósito para destrozar los tegidos y hacer imposible su extraccion; los nuevos cañones de diferentes sistemas, que imposibilitan la resistencia; el especial estudio de las distancias y las cantidades, que dan casi una exactitud matemática; son pruebas concluyentes de nuestra afirmacion.

Hoy que la industria y la agricultura carecen de brazos; hoy que el comercio cruza atrevido de polo á polo; hoy que se trasmite la palabra instantáneamente por debajo de los mares y une el vapor naciones y continentes en su magestuosa marcha, la guerra es un absurdo.

Tal vez sea desgraciadamente el último que se destierre del mundo.

Si la humanidad reuniese en un instante

todas las existencias destruidas en sangrientas batallas y meditase en los beneficios que hubiera reportado á la civilizacion el concurso de tantos brazos; si pudiese calcular los mares de sangre y de lágrimas que han corrido por ellas, no podria menos de estremecerse de terror.

Nosotros que tenemos fé en el verdadero progreso, creemos sinceramente en la dominacion de la paz universal; pero este anhelado término lo vemos aun muy lejano. Un horizonte de sangre nos oculta el brillante sol de ese dia.

Concluiremos con estas palabras de un poeta y filósofo francés: «Llegará un dia en que se enseñará un cañon en nuestros museos, como una cosa rara.»

Entonces se habrá empezado á practicar el Evangelio.

MADRID Á VISTA DE PAJARO.

Allí está.

Distínguese confusamente ante la niebla de la mañana, con su rio flanqueado de lavaderos, sus numerosos templos, sus desiguales casas y sus dormidos serenos.

Las burras corren incesantemente calles y plazas, seguidas por sus buchecillos, á quienes el madrugon debe hacer maldecir interiormente á sus hermanos de leche.

Los vigilantes nocturnos bostezan por millonésima vez.

Los buñuelos y el aguardiente hacen su matinal visita á los escasos transeuntes.

Los que viven de la imprenta dan su primer cabezada.

Madrid se despierta: apresurémonos á darle los buenos dias.

El ruido de las campanas nos trae á la mente otro órden de ideas.

La Iglesia, recordando al hombre la existencia de un Dios, infunde en el pecho la confianza.

El sacerdote celebra en aquel momento el divino sacrificio.

Los cristianos rezan.

Los neos roncan.

Poco á poco se van abriendo las puertas; crece la animacion, puéblanse las plazas, empiezan las compras, y Mercurio preside la vida madrileña.

El coloso tiene un estómago que no guarda proporcion con sus bazos: para satisfacerle, á medias nada mas, es necesario dedicarle, peor ó mejor condimentados, 200 cerdos, 100 vacas y 300 carneros, sin contar de 8 á 10.000 arrobas de trigo y una inmensa montaña de legumbres, y garbanzos especialmente, por ser la base de toda comida madrileña.

Despues de satisfecha esta necesidad, entra Madrid en posesion de sí mismo: empieza su vida activa.

No busquemos en esa hora á la laboriosa yunta ni al alegre agricultor; no pretendamos

encontrar la severa fábrica en la que el vapor multiplica las fuerzas humanas y la producción se prepara para el consumo; no intentemos dar con el gran comercio que busca en remotos mercados el galardón de sus servicios. El gran estómago de Madrid debe responder á un gran corazón: este corazón se halla simbolizado por el comercio de lo superfluo, la oficina administrativa, la prensa, la banca y la milicia.

Los que dependen de estos centros tienen sus satélites, que son á su vez astros luminosos de mas ínfimos planetas, y motivan la progresión descendente que termina en los que habitan periódicamente en el Saladero, se avecindan en el Hospicio, ó fluctúan entre San Bernardino y el Campo de Guardias, es decir, cuatro tendencias distintas y una sola calamidad verdadera.

Las primeras horas de la mañana son indudablemente las mas laboriosas de Madrid. Trabaja el mercader por dar salida á los géneros mas averiados, y trabaja el comprador por pasar una moneda falsa; se barren hasta cierto punto las calles; se limpian los escaparates de las tiendas, y los inoportunos periódicos

anuncian al suscriptor verdades como casas y mentiras como templos, crímenes que no han soñado en cometerse, y opiniones que no han soñado en concebirse.

Esto los periódicos defensores de la luz; que los que son partidarios de las tinieblas, salen á la calle como los murciélagos y se introducen en las casas como las enfermedades en el cuerpo humano, sin previo anuncio.

Escepcion de la escepcion: *La Correspondencia* se publica de noche, acaso con el objeto de que los compradores no se aperciban de su mala impresion.

Pero dan las once de la mañana, y la poblacion de Madrid sufre una reforma completa: los vendedores de Fuencarral y Leganés han desaparecido; los ministerios han tragado su contingente de poblacion, y se presentan en escena nuevos tipos.

Todos los que se dirigen á la Bolsa, ó por la Bolsa, los accionistas de minas imaginarias, los agentes de negocios, los caballeros de industria, y el mas interesante de todos, uno que siendo esencialmente madrileño participa del parásito de la antigüedad y del *flaneur* francés, que vive de milagro y sin que nadie le pre-

gunte de qué vive, que entra en los cafés, pasea por las calles, frecuenta los garitos, asiste á los teatros y habla de política.

Sér autonómico como el ave, filósofo como Diógenes, alegre como Demócrito, despreocupado como Voltaire; epígrama viviente de la economía política y de la legislación, y sér, en fin, no clasificado, ni aun siquiera por el observador y sagaz cronista de Madrid, á quien respeta y aplaude el público bajo el pseudónimo de *El curioso Parlante*.

Desde este momento la vida de Madrid se ajusta á las condiciones atmosféricas; los paseos se llenan cuando á ello convida el sol; en otro caso luchan las distracciones sedentarias por repartirse á la población, que solo tiene casa para dormir, imitando con esto las sábias costumbres del ave. Bien es verdad que las casas de Madrid tienen mucho de nidos, por lo cual no es de estrañar en manera alguna la costumbre mencionada.

Síguese un momento en que solo se halla representada la población de Madrid por algun desgraciado que transita por las calles sin rumbo fijo ni término marcado.

Madrid debe estar comiendo: los infelices en

quienes hemos fijado nuestra atención no deben juzgar el alimento mas que como un episodio sin importancia en la tragedia de su vida.

Acaso participen mas tarde de los restos del festin.

Pero el sol se retira; el coloso que ha procurado alimentar su estómago durante el dia trata de recrear su ánimo y alimentar su inteligencia en las primeras horas de la noche. Para ello debe distribuir su actividad y fraccionarse hasta el infinito: el café, el teatro y la tertulia son especialmente los centros en que puede encontrarse á la poblacion madrileña.

Madrid en el café ofrece al observador curiosas escenas y admirables puntos de vista en el género cómico. No hablaré de él; es un asunto muy gastado, y este viaje á vista de pájaro se prolongaria con esceso.

Tampoco analizaré las tertulias definidas por no sé quién, «una reunión en que los menos murmuran de los mas, y los mas desprecian á los menos.» Solo sí, diré, que la verdadera tertulia es ya solo un pretexto para bailar ó comer, y para que los periódicos se ocupen en elogiar á los dueños de la casa.

El suelto de diez líneas supone que la concurrencia fué obsequiada con dulces y helados; el artículo de tres columnas supone un *buffet* de 1.000 duros.

El teatro es ya otra cosa. En él pasa Madrid varias horas, y en él centraliza su vida nocturna.

La peregrina moda de los abonos habla mucho en favor de nuestro público. ¿Quién no resiste, por ejemplo, cien representaciones del *Duende* ó *La pata de Cabra*, con tal de que se sepa que está abonado al teatro?

¿Quién no lleva con paciencia los estrenos bufos, siempre que sepa Madrid por los órganos de la publicidad, que se protegen los esfuerzos del actor Fulano ó del empresario Mengano?

¿Con qué se paga, sobre todo, la comodidad de ver y ser visto, de que el bello sexo disfruta, y exhibir trajes y adornos con los poderosos auxiliares de la luz del gas y los gemelos?

Cierto que el afán del poeta suele ser improductivo para las costumbres, pero el tiempo invertido en el teatro hace languidecer la banca y el tresillo. En el teatro se mata solamente el tiempo; en el baile el tiempo y la sa-

lud; en el juego el tiempo y la fortuna. Digno es de elogio quien opte por la pérdida menor, que supone siempre una ganancia relativa.

La última campanada de las doce de la noche, límite entre dos días, se marca nuevamente en las calles, por una animación extraordinaria, aunque momentánea. Madrid se retira á su nido: así al menos lo deja suponer la precipitada marcha de los carruajes que cruzan en todas direcciones las calles de la villa coronada.

La oscuridad de la noche y la economía del alumbrado impiden ver desde entonces nada más. Indudablemente se pierde lo mejor para el observador, y su tarea queda reducida á observar los dos únicos tipos que pueden verse en las calles hasta el amanecer, representantes del bien y del mal.

El malechor que se oculta en el dintel de las puertas para arrojarse sobre el descuidado transeunte, y el vigilante nocturno que le observa para impedir que aquel consume su atentado.

## EL CARNAVAL CONTINUO.

Si las modernas sociedades se despojaran de la diplomacia, la ambicion, la lisonja y la mentira que tanto las caracterizan, el carnaval, recobrando su razon de ser cumpliria su mision y seria época de pasatiempo y solaz, anhelada por los jóvenes, celebrada por los viejos y bien recibida de la generalidad.

En tanto que esto no suceda, la careta, en vez de encubrir la discreta y alegre ficcion, será un motivo para desnudar la triste y descarada verdad.

El hombre, tan acostumbrado á embromar y á ser embromado, no puede encontrar aliciente alguno á los dias que precedan al Miércoles de Ceniza, y solo los acepta por su importancia tradicional y por su actual utilidad.

En vano los arqueólogos se afanan, á mi entender, para averiguar el verdadero origen de la careta; en vano rebuscan en apolillados volúmenes el nombre de su inventor: la careta procede de la primera familia humana, de la

primitiva sociedad, de la edad de oro, tan celebrada por los poetas bucólicos; y es sabido que en aquella época no existían crónicas, memorias ni privilegios de invención. Así se explica también su desarrollo y que esa invención hipócrita, esa engañadora apariencia llegue en progresión ascendente hasta nuestros días, como triste herencia de las pasadas generaciones.

Veamos sino á nuestros modernos políticos pronunciando elocuentes discursos en bien del país, mientras hacen la oposición á los poderes constituidos: veámosles en seguida saboreando las delicias del poder y no podremos reconocerles. La razón es muy sencilla: se han quitado la careta.

Sigamos un momento al valiente de profesión, al espadachín perdonavidas, que relata sus duelos en público: veámosle después frente á frente en las enfermedades, de la pobreza ó de la muerte, y notaremos que tiembla y padece. El tiempo ha hecho caer su careta.

Examinemos á los hombres, lumbreras de la ciencia, que á vuelta de mil sutilezas alcanzan durante su vida la gloria que solo debe repartir la posteridad: preguntémosles para com-

pletar nuestro juicio los mas pequeños misterios de la obra de Dios, y su pretendida ciencia se estrellará en el origen de todas las cosas, y caerá su disfraz vergonzantemente, porque la careta de la ciencia humana puede disfrazar á un hombre durante su estancia en el mundo; pero se arranca ante un «mas allá.»

Y si pasamos á la careta de la hermosura física, á esa careta formada en parte por la juventud y en parte por la última moda y los comercios de perfumería ¿no hemos de reirnos al ver que el implacable tiempo pone una arruga debajo de cada lunar postizo, una cana debajo de cada toque de pincel y un desencanto donde mas cifrada estaba una ilusion? ¿No les parece á las bellas que están constantemente disfrazadas?

Y no hablo de la careta de la beatitud, de la de la honradez, de la del patriotismo, ni de tantas otras como se usan en el mundo: á fé que tales disfraces se volverán un dia en contra de quienes los llevan: solo los cito para asegurar que el carnaval del Prado es una mala parodia del carnaval político, moral y social.

He hablado del Carnaval de los paseos, y

aunque por conocido pudiera callar su descripción, debo decir que lo constituyen algunos centenares de incautos que suelen salir maldiciendo de él; los que pagan dos reales por una silla y una pulmonía; los que van ignorantes y vuelven sabedores de su deshonra; los que dejan sus relojes, petacas y pañuelos en manos de algun ratero, y finalmente el inmenso número de admiradores de todo cuanto ven, de esos seres sin voluntad propia que van donde va la gente. Y al acabar la tarde, las vestales vuelven á desnudarse á sus templos; los moros, que han ido toda la tarde comprometidos con su olor á tocino, descansan en las tabernas, convencidos de que no han de ir á la Meka á purgar su desobediencia; los disfrazados de mujeres comprenden que empezaban á acostumbrarse á su papel y vuelven con pena al círculo masculino; las estudiantinas se van á descansar á los bailes públicos; los cafés se ven llenos de una alegre multitud, olvidada de la higiene, y debajo de ese mundo ficticio, rasgando el disfráz con que se encubre la humanidad, bajo las oleadas intranquilas del Carnaval, pueden distinguirse las negras del sufrimiento, las tumultuosas de las pasio-

nes, las aparentemente tranquilas de la miseria y la desesperación.

Y cuando avanza la noche, cuando han llegado á su colmo las manifestaciones esteriore de la humanidad, las locas risas del baile pretenden hacer callar la voz acusadora de la conciencia; el delirio de la orgía encubre las manchas del honor, y lejos de los sitios animados, acaso consume la fiebre al padre de familia; acaso la infeliz esposa trabaja para ganar el pan del próximo dia para sus hijos; acaso, mal aconsejado por el hambre, despoja al transeunte el jornalero sin trabajo. Tal vez el amigo vela el cadáver del amigo; tal vez el hombre de génio trabaja por reformar el mundo; tal vez el criminal roba la existencia del inocente; tal vez el desgraciado casa al crimen de la desesperación el crimen del suicidio!

Pero ¿qué importa todo esto á la bulliciosa multitud? Aunque se animara ante sus ojos el cuadro que acabo de trazar, lo contemplaría indiferente. ¿Se quiere una prueba? El lunes de carnaval es precisamente aniversario del dia en que un infeliz reo de un horroroso crimen (1) lo purgaba con la última pena; y la

---

(1) El soldado Esteban Navarro, autor de

multitud, ávida siempre de sensaciones, acudía al lugar espiatorio á presenciar sus últimos momentos.

Nada mas triste para el hombre pensador que el contraste de aquel reo, cuya vida se contaba por minutos, caminando lentamente por en medio de una bulliciosa muchedumbre, que interceptaba su paso y que tal vez, despues de presenciar el horrible, aunque justo castigo de la ley, volvió á entregarse al desenfreno, á la orgia y á la disipacion, ahogando acaso en su pecho el último movimiento de sensibilidad con una carcajada estúpida, impropia de una criatura humana. Testigos oculares me han afirmado tambien que en el Campo de Guardias se vieron algunas máscaras . . . . .

Terminaremos con una máxima de la primera de nuestras poetisas: «El mundo solo se quita la careta cuando se la pone en el Carnaval.»

---

un doble asesinato y abandono de su centinela en palacio. Ejecutado el lunes de carnaval del año 1864 ó 1865.

## COMO SE HACE UN CALENDARIO.

No interpreten torcidamente nuestros lectores el título de este artículo, creyendo que voy á cansar su paciencia con sistemas astronómicos.

Las observaciones meteorológicas no han sido nunca mi fuerte, y solo acostumbro á ver las estrellas, cuando á ello me obliga algun desmedido pisoton.

Al iniciar al público en la manera de hacer calendarios, no quiero hablar de los que se venden democráticamente por dos cuartos y que motivan la ya tradicional enemistad de los famosos Yagüe y Castillo. Mas alto es mi objeto y de mas general aplicacion.

El Calendario ha sufrido una completa transformacion de algun tiempo á esta parte. Ya no le basta al lector que le indique junto al santoral las fases de la luna y disculpe los errores de pronóstico con un

*Dios sobre todo,*

á que tenia que acudirse por el público con inusitada frecuencia.

Hoy el Calendario constituye un libro de tocador, impreso con elegancia y compuesto de variedades literarias y noticias de utilidad, sin que le falten intencionadas caricaturas, elegante cubierta y epigramas lleno de gracejo.

Para llegar á ese resultado, hay que vencer no pocas dificultades, en la necesidad de conciliar los siguientes encontrados intereses:

El del público, que no quiere gastar mucho.

El del editor, que no quiere ganar poco.

El de los autores, que quieren agradar al público y no enemistarse con sus intereses.

La empresa es árdua, pero no imposible.

Como un Calendario de estas condiciones se destina á las muchas personas que se dedican con premeditacion y reincidencia á *matar el tiempo*, y este crimen coje de medio á medio á la inmensa mayoría de los españoles, el éxito de estas publicaciones no es dudoso.

Sin embargo, si sus productos fueran á repartirse entre todos sus colaboradores, se necesitaria un alarde de perseverancia matemática para la distribucion de los beneficios.

Por esto, sin duda, es ya costumbre la cen-

tralización de los productos en una sola persona, en justa compensación de sus desvelos por allegar materiales para la obra.

Explicaremos el sistema.

En la nación española, donde las letras andan un poco caídas, y las artes no muy levantadas, existen por su desgracia muchos y reputados escritores, que dedican su vida á trabajos en que ha de fundarse su gloria póstuma; pero por un capricho de la veleídosa fortuna, están condenados á que sus obras aguarden en el sótano de una biblioteca, la justicia de las venideras generaciones, ya que tan poca gracia hacen á la actual:

Otros, en cambio, improvisan un libro en un almuerzo ó junto á la mesa de un café, por la amistad que les une con los que se encuentran en el mismo caso.

Para esto basta hallarse inscrito en la *sociedad de elogios mútuos*, que se llama prensa periódica.

¿Quién no cuenta con una docena de amigos escritores, que no pudiendo ser pródigos de dinero, lo sean de los productos de su inteligencia?

Hablamos con entera formalidad. Los escri-

tores que parecen mas indiferentes; los que un dia y otro mantienen la sonrisa en los labios de sus lectores; los que son reputados por atrevidos y aun procaces; los que luchan constantemente bajo diferentes banderas políticas y combaten con rudeza las opiniones contrarias, procurando el triunfo de las propias, esos mismos escritores acuden á las cárceles en que gimen los sentenciados por causas políticas, sin mirar el campo de que proceden; esos mismos escritores entregan su último duro para dar honroso entierro á un Alenza, publican las obras de Cea para dar alivio á la triste suerte de su familia, y socorren al desgraciado Javier Ramirez, falto de sustento y de razon.

Los que tan nobles sentimientos desplegan espontánea y continuamente, se hallan siempre dispuestos á facilitar toda empresa en que se halle interesado un amigo suyo. Por eso un Almanaque literario puede hacerse sin grandes dispendios, gracias al sistema de la division del trabajo: el confeccionador enjareta un prólogo ó un juicio del año y una historia del anterior, amen de otros varios trabajos de menor cuantía; suplica á un amigo, exige á otro, se dirige á todos, y reúne doscientas

cuartillas en que se ven firmas siempre gratas á los lectores.

Las tijeras hacen el resto.

El sistema, como se ve, no es muy complicado; pero exige gran perseverancia en quien lo pone en práctica. Y no ciertamente porque los colaboradores de la obra se nieguen á complacer á quien les pide su firma, sino porque aquella firma supone algun trabajo, y es cosa sabida que el talento y la laboriosidad no suelen caminar juntos en España.

Una observacion para terminar.

En un libro en que campean muchas firmas, necesitan las mas ilustres que no falten las humildes: de esta manera el mérito se acrisola por comparacion. Esta verdad, axiomática para mí, tranquiliza mis escrúpulos, y me disculpa si turbo la armonía de todas las otras, al estampar al pié de estos renglones mi firma.

## OBSTACULOS TRADICIONALES.

Ahora que tanto y tanto se usa esta frase, sin que haya sido definida de una manera gráfica y concreta, juzgo llegado el momento de prestar un servicio al público, presentando su significacion desnuda, aunque con la correspondiente hoja de parra.

Me explicaré.

La verdad ofende por su desnudez á la casta y hipocresía, y sería un anacronismo introducir en la sociedad moderna é imponerla á la generalidad del vulgo, que no la conoce y es, sin embargo, feliz.

Así, pues, diré la verdad á medias, hasta donde me lo permitan mis fuerzas y la veneranda institucion de la fiscalía de imprenta, archivo de mis primeros escritos políticos y portazgo que atravesaron libremente mis elucubraciones poéticas de los diez y ocho años.

Los obstáculos tradicionales que en este es-

crito deben figurar á mi entender en primera línea, se hallan reducidos á tres.

La vergüenza.

La suegra.

La levita.

¿Quién ignora, por ejemplo, que el gran problema en la humanidad es *hacer dinero*? Pues ese problema se resuelve hoy día fácilmente.

Os descubriré el secreto, en confianza.

Por mas que la generalidad no se atreva con él, es un problema sencillísimo, de una sola incógnita: una vez despejada esa incógnita está resuelto.

Dicha incógnita es la vergüenza.

Un conocido mio la define así:

«La vergüenza es una cosa que para nada sirve y para todo estorba.»

Por eso lo considero yo el primer obstáculo tradicional.

Y así debe considerarla tambien la sociedad moderna, según el afán que muestra por su extinción.

¡Cuántas y cuántas burlas sufre el niño por tener vergüenza!

¡Cuántas madres disculpan la vergüenza de sus hijos, como si fuera un delito!

Y si pasamos del niño al adolescente, si corremos con él el florido período de la juventud, veremos las humillaciones que sufre el desgraciado hasta que la pierde.

Y aquel día es el mas feliz de su vida.

Decidme sino, si entre tantos como sabeis que la han perdido, habeis visto uno siquiera que lo anuncie en el *Diario de Avisos*.

Las malas pasiones, los vicios, los muebles viejos, hasta las reputaciones mal adquiridas se conservan largo tiempo; solo hay prisa para perder la vergüenza.

¡Y si fuera posible recuperarla alguna vez! Si la recogiese algun otro, aunque la conservase para sí ó exigiera un hallazgo exorbitante para devolverla....

Es verdad que la vergüenza no es cotizable en la plaza del mundo.

Pero si el hombre pierde su vergüenza en cuanto quiere, encuentra antes de lo que quisiera nuestro segundo obstáculo tradicional.

Veámosles penetrar con planta segura en el florido camino del himeneo; sigámosle paso á paso desde que encuentra al ángel de sus sueños, tomando la humedad en la Castellana ó alguna pócima en cualquier café de la corte:

leamos, si es preciso, los versos que la dedica, conjunto de hiperbólicas promesas, y acompañémosle á casa de su futura, donde se encuentra en la plenitud de sus funciones el obstáculo tradicional para la felicidad de un matrimonio.

Y no quiero que padezca histérico mi heroína, ni que sea viuda de coronel ni comisario ordenador, ni menos que ronde los ministerios, acompañada de su niña, en busca de una pensión de gracia, fundada en las de su vástago.

No pretendo tampoco que tome rapé, discuta de política, ni sea aficionada á la zarzuela: el tipo mas aceptable de suegra, que sea segun el mundo una santa, la mejor madre, no necesita mas que un instante para sufrir un cambio radical en su individuo.

Desdichada la víctima que lo produce.

Un curioso estadista se lamentaba hace poco del aumento en la prostitucion y el progresivo descenso en el número de matrimonios: buscaba inútilmente la causa de este fenómeno, conocida la moralidad del siglo, cuando se le ocurrió acudir á una casa de misericordia para completar sus estudios, y vió la inmensa des-

proporción en que se hallaban las pobres huérfanas, respecto del matrimonio, para con las que cobija el hogar materno.

Hé aquí el resultado de sus cálculos, leguas ó menos.

De cada cien casaderas, teniendo padre y madre, que se van á vivir á un pueblo, el día siguiente al de su boda, se casan. . . . . 22

Siendo hijas de viudo. . . . . 55

Huérfanas de padre y madre. . . . . 90

Hijas de viuda. . . . . 100

¿No os dice nada tan significativo cálculo?

¿No es la suegra un obstáculo tradicional?

Suprímense todas en su día y entrará el matrimonio en caja y será lo que debe ser.

Otra observacion hizo el citado estadista recorriendo los cementerios en un día de difuntos: entre las infinitas coronas, que enlazan el recuerdo de los vivos al espíritu de los muertos, solo halló una en que se leía: «A mi suegra.» Chocóle la novedad y acercándose á ella pudo ver que ponía á continuacion en letras mas pequeñas: «Falleció el mismo día de mi boda.»

Entonces comprendió la dedicatoria.

El matrimonio es, efectivamente, lo mismo

que el decorado en un teatro: desde las butacas seduce la perspectiva, desde el foro se ven todas las imperfecciones del pincel, todas las cuerdas y palos de la maquinaria.

Por eso debe mirarse al matrimonio desde las butacas, so pena de que mirando las cuerdas que dije, tenga uno que colgarse de ellas por necesidad.

Y sobre todo si el contrayente es pobre. Y mucho más todavía si gasta levita.

Pero es verdad que la levita constituye otro obstáculo tradicional: obstáculo más insuperable que los anteriores, porque si es verdad que puede vivirse sin ser rico, y apollillarse en el celibato, por no transigir con la suegra, es imposible vivir gastando levita.

Me refiero á la modesta levita de quince duros; á la que supone un mes de sueldo de un empleado, varios artículos de un escritor ó una obra de un artista.

La levita aristócrata; la levita de cuarenta duros, pagados ó no pagados al cabo de cuarenta meses, supone á un hombre feliz por todos cuatro costados: esa misma levita cuando pasa á los hombros del mayordomo, encubre á otro hombre dichoso, porque no comprende

su desgracia; pero la levita á que me refiero, testigo acaso muchos años de la persona que cuenta largos infortunios, inseparables de la honradez: esa levita que rechaza la limosna, que es necesario para sostener acaso la pobre existencia de una familia entera, que inhabilita para una profesión mecánica aunque digna; esa levita que os roza en la calle, limpia, reluciente, cepillada de continuo; esa levita encierra frecuentemente una horrible historia, prolongados padecimientos, acaso el hambre y la desesperacion.

Por eso respeto involuntariamente á la levita, cuya moda pasó: por eso la considero un obstáculo tradicional, y muchas veces la mortaja de un hombre.

Pero noto que me estravió de mi objeto: dos palabras y concluyo.

Quando leais en algun periódico de oposicion que conviene allanar los obstáculos tradicionales, reíos de sus frases: la que está llamada á esta empresa no es la política, ni habita en este mundo; la guardamos dentro del alma y se llama la *virtud*.

FRAGMENTOS DE UN CATECISMO  
SOCIAL.

La fé es la primera potencia del alma.

La tiene por lo regular el jugador, que pone un duro á un *entrés*, y mas aun el banquero que lo ha *preparado*; el bebedor de licores; el autor de este artículo al empezarle y el escribano. Este último, ademas de la suya, es depositario de la del público.

El papel sellado la debe su creacion.

Esta señora corre por el mundo bajo diversas formas: las fées de muerto son muy malas á mi modo de ver.

Hay, sin embargo, quien opina que son peores las de matrimonio.

Viven de la esperanza: los redactores de un periódico político, los amantes, los jugadores de lotería, los cesantes, los autores dramáticos, los genios no comprendidos y los demócratas.

No hay j6ven que no sea *de esperanzas*, segun la f6rmula de *La Correspondencia*.

Su s6mbolo entre los colores es el verde, 6 sea el favorito de los rumiantes.

Los poetas la ponen siempre como consonante de *alcanza*.

Camprod6n sol6a abusar de esta palabra en todas sus obras.

La caridad no se ejercita hoy como marca el Evangelio. Nadie hace una buena obra si sabe que ha de pasar ignorada, y las cien trompetas de la prensa se encargan de darle mayor brillo.

Los teatros dan beneficios para familias desgraciadas, nuestras aristocr6ticas damas tienen rifas en la Trinidad 6 la casa del Maragato, y acuden 6 ellas ataviadas como para un baile, 6 escuchar lisonjas; los m6dicos tienen consultas gratuitas para los pobres, y por 6ltimo, existen los premios 6 la virtud, 6 los que se opta por memorial.

Ya no marcha esta virtud 6 redimir cautivos, ni toma, sino raras veces, el h6bito de hermana de la Caridad 6 misionero. En cambio se la v6 en los templos en la 6poca de Semana Santa, distribuyendo sonrisas.

Y es que la sociedad moderna se va desquiciando.

Pedidle á la baronesa de X un socorro para la familia de un cesante, y de fijo os le negará; mandadla un palco para una funcion á beneficio de la Inclusa, y no faltará, acompañada de su esposo y su primo el teniente de huesares.

La Fé, la Esperanza y la Caridad formaron la reputacion de mi difunto amigo Antonio Flores.

Dos zapateros de Madrid han titulado sus tiendas de la Fé y la Esperanza: todavía no se le ha ocurrido á ninguno titularla de la Caridad, ni menos tenerla para sus parroquianos.

.....

La prudencia es una virtud, que ha llegado á su apogeo en los tiempos que alcanzamos.

Por ella se retira de la refriega el militar que luce su uniforme militar en las revistas; por ella escatima el padre la comida de su prole, para que no padezca indigestiones; por ella guardan silencio los de la patria en los mas crudos debates parlamentarios; por ella se callan los defectos ajenos, dejándolos entrever solamente; por ella vive la homeopatía; por

ella se queda uno sin comer cuando está convidado; por ella sufrimos el bofeton que nos propina un espadachin y por ella anda la cobardía tan disimulada que ninguno la conoce.

La justicia se ha dividido, segun Victor Hugo, en justicia justa é injusta.

La fortaleza se encuentra muy desarrollada, especialmente en los mozos de cuerda.

Reside en diversas partes del cuerpo ora en las espaldas, como en los ya citados séres; ora en el estómago, como en los hombres políticos; ora en los cabellos, como es fama que la tuvo Sanson; ora en los pies, como en los aficionados á la tauromaquia; ora en la lengua, como en las mujeres y literatos.

Ultimamente ha contraido matrimonio con la gimnasia.

El entendimiento no quiso presenciarse la ceremonia.

La templanza se halla relegada en nuestros dias á las fondas de cuatro y seis reales cubierto, donde la sopa no tiene mas ojos que los que la echan sus consumidores.

En Inglaterra existe una sociedad para su fomento. A pesar de eso, los cosecheros de Je-

rez hacen su agosto en la época de la vendimia.

Los artistas y literatos profesan esa virtud en España, menos cuando son convidados; entonces se esceden algo, por compromiso.

En cambio es perseguida de muerte por todos los fondistas, dueños de café, taberneros, médicos y boticarios. ¡Dios sabe por qué!

Finalmente, esta virtud no suele caminar unida á la justicia,

Porque, según se me alcanza,  
y lo digo sin malicia,  
anda siempre la justicia  
donde no está la templanza.

## LA CLASE OBRERA.

Muchos son los hombres pensadores que han expresado terminantemente la imperiosa necesidad de que se estudien con detención, para

poder resolverlas con acierto, las árduas cuestiones que se relacionan con la asociacion Internacional de obreros, por lo mismo que dicha sociedad ha sabido aprovechar en favor de su causa la justa y constante aspiracion de la clase obrera á mejorar su situacion social.

La Internacional, con efecto, fué fundada al parecer con el único fin indicado; pero su inmenso y progresivo desarrollo la hizo cambiar su objeto en cierto modo, constituyendo un elemento poderoso para la realizacion de un ideal político: la reforma que hubiera podido efectuarse dentro del Estado aspiran hoy á realizarla los internacionalistas por sí mismos, haciendo desaparecer á aquel en la proyectada reforma social; ya no es una clase que aspira á mejorar su suerte, haciendo compatible esta mejoría con la existencia de todas las demas clases: es un partido nuevo, débil ayer, y fuerte y poderoso hoy, que al emancipar á sus individuos pretende que ejerzan un poder avasallador sobre los demas partidos. El número de los afiliados á la Internacional, la verdadera importancia de sus hombres mas eminentes, la atraccion que ejerce toda idea nueva y el deseo constante en la humanidad

de mejorar sus destinos, justificaron sobradamente el poder que desde un principio ejerció la Internacional, poder que hubiera llegado á ser acaso indestructible, si al lado de la idea salvadora no hubiese brotado la idea inmoral y materialista, si los llamados á edificar no hubieran mostrado un pueril empeño en destruir, y destruir para siempre.

Y este nuevo partido, cegado sobre su propia conveniencia, y sordo á la voz del deber, aspira hoy nada menos que á la supresión de todo lo existente, á la formación de una nueva sociedad en la que no supongan nada la familia, el pueblo, ni el Estado; una sociedad en que no exista la propiedad, ni aun como premio y remuneración del trabajo; una sociedad en que la perfección de sus individuos haga innecesaria la idea de una religión consoladora.

En esta nueva sociedad, confederación de asociaciones obreras en que no significase nada el origen, la nacionalidad, ni la historia de los actuales Estados, solo se levantaría un trono: el del trabajo; pero el del trabajo material que esclaviza, no el del trabajo intelectual que emancipa y civiliza á los pueblos; el

trabajo en sus mas rudas manifestaciones; la aplicacion de la fuerza bruta y la miseria del espíritu. Basta indicar semejante tendencia para que quede plenamente demostrada la imposibilidad de que pueda, no ya realizarse, sino ni siquiera intentarse la reforma social; pues si el triunfo momentáneo de los elementos internacionalistas hiciera factible lo segundo, bien pronto surgirian luchas sordas y crueles, á las que seguiria mas tarde la confusion, el desórden y el caos, y en último término la esclavitud humana. Si los elementos conservadores y tradicionales lograran sobreponerse en un breve plazo á la nueva tendencia, esta habria sido únicamente una nueva y sangrienta revolucion política añadida al estenso catálogo de las revoluciones.

Si el poder material de los reformadores llegase á vencer, momentáneamente por supuesto, los ódios y las persecuciones dominarian á la nueva sociedad, la discordia se apoderaria de las colectividades obreras, la civilizacion se perderia, y con ella sus preciadas conquistas, y abandonando los hombres todas las grandes y nobles aspiraciones, que han hecho á la humanidad reina del mundo y la

han permitido luchar con la naturaleza hasta vencerla y hacerse digna de su origen divino, la crisis política y social enjendraria una nueva y horrorosa crisis económica, cuyo resultado final no podría ser otro que la miseria. El trabajo material ejecutado para un día no podría comprar nunca el bienestar del porvenir; rotos los lazos de la familia é inútiles en la nueva sociedad el niño y el anciano, su existencia seria una carga pesadísima para las sociedades colectivas de trabajadores, y no un estímulo, como lo es hoy, para que aumente el trabajo y la producción del hombre que se encuentra en la fuerza de su edad.

Los internacionalistas, que empiezan aboliendo la familia, podrían acaso abolir la ancianidad y la niñez; pero esto constituiria el colmo de la ferocidad y el mas odioso de los privilegios: la consagración del derecho á la existencia para las naturalezas mas robustas, y el abandono, y acaso la muerte, para los enfermos y los ancianos.

De esta manera, y llevados los internacionalistas de exageración en exageración, han olvidado su verdadero punto de partida: el primitivo y legítimo derecho que tienen las

clases obreras á mejorar su situación. En vez de tender á este objeto por medio de la propaganda pacífica y del estudio, han renunciado voluntariamente los afiliados en la Internacional á influir en la cosa pública y han abandonado el estudio como medio de llegar á la realización de su deseo: en vez de seguir la conducta que les marcaba la conveniencia, han preferido la que les indica el ódio, y el grito de *¡guerra al capital!* ha acabado de perderles

Pero los internacionalistas hacen, sin figurárselo, un inmenso servicio á la sociedad: sus amenazas descubiertas han facilitado á estar en guardia y disponerse á conceder todo cuanto, fundado en la justicia, puede solicitar la clase obrera: á rechazar también, en nombre de la justicia, todas las soluciones violentas que pueda intentar la Internacional.

En los anteriores párrafos hemos indicado el empeño que muestran los defensores de la

Internacional en hacer creer que su objeto no es ni puede ser político; que indiferentes á los problemas que entrañan las diversas formas de gobierno solo pueden tender á un fin eminentemente social, y que hasta que no realicen su objeto, no han de prestar su apoyo ni combatir con su influencia á los demas partidos políticos.

Semejante indiferencia, siempre injustificada, no puede existir en la asociacion que nos ocupa: opónese á ella el mismo fin á que aspira, no menos que los medios que necesita emplear para su propaganda. Desde el momento en que pretende un cambio en la manera de ser de los Estados, claro es que tiene que combatir por toda clase de medios á lo existente; desde el momento en que busca un poder supremo, que sea resultado inmediato de la colectividad, no es menos cierto que aspira al planteamiento de la forma de gobierno republicana.

La procedencia de los hombres mas importantes de la Internacional confirma que la temible asociacion ha nacido de las ideas republicano-socialistas llevadas á la exageracion. Por otra parte, la Internacional no trabaja os-

tensiblemente mas que en las naciones regidas por instituciones liberales como Inglaterra, Suiza y España. Esto demuestra que solo á la sombra de la libertad puede vivir, y que sus teorías no son otras que las de una libertad mal entendida y cuya práctica no podria menos de ser funesta. Sin la libertad de asociacion, la Internacional no podria existir, no siendo, como no es, mas que la consagracion práctica de dicha libertad; sin la libertad de imprenta no podria tender á su desarrollo; sin la libertad de sufragio no la seria factible llevar á los parlamentos la voz de sus correligionarios.

La Internacional, constituye pues, un partido político; de no considerarla así, tendríamos que conceptuarla como una asociacion secreta, cuya latente conspiracion amenazase á los Estados. Y no solo es la Internacional un partido político sinó que busca la libertad del error por medio de las libertades políticas. Tal vez nieguen esto sus partidarios con el único objeto de ocultar mejor los medios de accion de que puedan disponer; pero creemos el recurso tan mezquino, que ni siquiera merece una refutacion seria.

Siendo, pues, como es la Internacional un partido político; contando como cuenta con numerosos prosélitos, tanto mas decididos cuanto mas radical es el término de sus aspiraciones, seria una notoria torpeza desconocer la influencia que en un momento dado puede ejercer en la suerte de las naciones, y fijándonos en España, no temer al partido que puede ser auxiliado por ella. Este partido no es otro que el republicano, ó mejor dicho, el elemento intransigente del partido republicano.

Para conjurar los males que su ceguera puede originar, los gobiernos tienen el deber de adelantarse á las justas exigencias que pueda presentarse y reprimir sus injustas pretensiones, cuando estas se traduzcan por hechos penables. Pero el gobierno será riempre impotente para satisfacer las justas quejas de las clases obreras, si no le auxilian en esta empresa sus administrados.

El gobierno puede ciertamente concurrir á su ilustracion y hacer respetar los derechos que lleguen á crearse por medio de la asociacion; pero no conseguirá mejorar prácticamente la situacion de los trabajadores, si el capital no agude en su apoyo, estableciendo

una íntima relacion moral y material con el trabajo. La armonía del empresario y del obrero es lo único que puede alejar de los pueblos esas penosas crisis que tanto perjudican á la riqueza nacional y á la prosperidad y desarrollo de la produccion.

Es forzoso que desaparezcan las antipatías de clase, que el capital no vea en el obrero un esclavo, ni el obrero considere al empresario como un enemigo; es preciso que no sea el hambre lo que ligue á las dos clases, ni el ódio lo que las divida.

Sensible es tener que confesar el lamentable atraso de las clases trabajadoras, debido á lo abandonado de su educacion moral y profesional durante los primeros años de su vida; guiadas por lo tanto por un criterio, no formado en absoluto, confunden frecuentemente lo útil con lo innecesario, lo verdadero con lo falso, y se dejan arrastrar por las influencias mas perniciosas y abrigan á veces algunas teorías tan absurdas como las que constituyen el credo de la Internacional. Trabajando por necesidad y no por convencimiento, el fruto de su trabajo reviste los caracteres de la esclavitud, y odiando por instinto á los empre-

sarios, aspiran á la ruina de estos que suele originar la suya propia.

Los locos ensueños de una igualdad social les hacen olvidar la idea del ahorro, y la viciosa aplicacion que suele darse á los capitales, y las trabas con que han luchado siempre en España para el establecimiento de asociaciones cooperativas, son otros tantos obstáculos que han contribuido á prolongar su triste situacion.

Mucho puede hacer el gobierno para remediarla: mucho mas pueden y deben hacer las clases que representan el capital. Si por desgracia no lo hacen, culpa será de uno y otras la continuacion de un estado que constituye un peligro constante, y que en un momento dado puede ocasionar males sin cuento.

### III.

Hemos indicado ligeramente la imperiosa necesidad de esterilizar los proyectos internacionalistas, concediendo á las clases obreras los medios de mejorar su situacion, satisfaciendo muchas de sus aspiraciones, que en-

trañan un fondo de justicia indiscutible. Precisemos cuáles deben ser dichas concesiones.

El obrero no es ni puede considerarse como un sér aislado en la sociedad: sus penalidades y disgustos serian menos importantes, si solo á él se refirieran; pero el obrero tiene una familia cuya triste existencia depende del exíguo jornal que él gana. Júzguese cuán precario será el presente de su familia, y cuán temeroso se presentará ante la misma el porvenir. Las libertades políticas permiten aspirar á toda clase de beneficios y adelantos; las carreras literarias están abiertas, lo mismo al hijo del magnate, que al del albañil; este, lo mismo que aquel, puede aspirar á los mas elevados cargos de la administracion pública. Pero estos derechos serán completamente ilusorios en tanto que el Estado no facilite su ejercicio á la clase obrera. En vano será que consigne la igualdad de derechos; en vano que la inteligencia del pobre demuestre lo mucho que podria conseguir con el beneficio de la instruccion: la instruccion le está vedada, aunque en el primer período sea gratuita.

Los gastos materiales que ocasiona no pueden ser sufragados por el humilde jornalero, y

la necesidad de acudir en auxilio del padre, obliga al hijo á oscurecerse en una sombría fábrica y reducirse á un trabajo material. El municipio debería remediar este inconveniente desarrollando en gran escala la instrucción primaria; haciendo que en todas las localidades existieran escuelas nocturnas, y tanto en estas como en las que funcionasen durante el día, suplir con su proteccion los gastos de libros y papel que pudieran ocasionar los pobres; abrir nuevas escuelas industriales en que adquiriera el obrero una sólida ilustracion teórica; establecer bibliotecas nocturnas, por barrios; fundar premios y pensiones que facilitasen al aplicado proseguir y terminar gratuitamente una carrera; conceder ascensos á los profesores que mejores resultados ofrecieran en sus discípulos, y moralizar todos los establecimientos de beneficencia ó correccion, llevando á ellos el eficaz auxilio de la enseñanza. El trabajador sabria entonces que sus hijos podian aspirar á mejorar su situacion social; que la inteligencia y aplicacion de los mismos eran las únicas condiciones necesarias, para seguir cualquiera carrera literaria ó científica, ó que, dentro de las artes industriales

llegarian á ser unos obreros inteligentes, capaces de realizar en la práctica todos los adelantamientos que persigue el arte.

Las sociedades económicas y las asociaciones de carácter particular deberían auxiliar á los municipios y al Estado facilitando la creación de toda clase de centros de enseñanza y las cantidades que suele dedicar el vecindario al socorro de los desvalidos podríanse consagrar en gran parte al fomento de la instrucción primaria. (1).

Asegurado de esta manera, en cierto modo el porvenir de la niñez, las clases obreras no

---

(1) El presupuesto de instrucción primaria en Inglaterra, al cual contribuyen el Estado, las municipalidades y las liberalidades de muchos ciudadanos ingleses, se eleva hoy á 150 millones de reales, y todos los años aumenta una docena de millones á medida que se multiplican las escuelas.

Los nuevos establecimientos en construcción, que cuestan 40 millones, son 2.400 para 400.000 niños. De los datos presentados al Parlamento resulta que en la Inglaterra propiamente dicha y en el país de Gales reciben hoy educación moralmente obligatoria, millon y medio de niños y niñas, ó sea un 35 por 100

podrian seguir considerando como enemigos al Estado, el municipio y la familia, que tanto se preocupaban por la suerte de sus hijos. Las predicaciones demagógicas proseguirian; pero es innegable que no encontrarian eco en parte alguna. El Estado no deberia tampoco mirar con indiferencia la lucha sorda que existe entre el capital y el trabajo: antes al contrario, deberia tender á que no se guardase entre ambos la relacion que existe entre el señor y el esclavo. Para evitarlo, podria proteger la creacion de sociedades cooperativas, aumentar el interés del ahorro, conceder premios periódicamente á la laboriosidad y hasta eximir de tributos, en muchos casos, á los que, emancipándose de todo empresario por los medios que la honradez permite, aspirasen á ser empresarios y obreros á la vez. Tambien deberia el gobierno facilitar con sus auxilios la traslacion de los obreros de unas localidades á otras para sostener el equilibrio que debe siempre existir entre la produccion y el consumo, y

---

de la poblacion, habiéndose aumentado esta cifra en el año último con 75.000 jóvenes. ¡Qué ejemplo!

contribuir á que la poblacion se desarrollase en las localidades en que esto pueda ser un bien y disminuyera en aquellas donde la miseria pueda serla fatal.

Dos observaciones se nos harán indudablemente por muchos de nuestros lectores, y á las que queremos adelantarnos á contestar.

La primera no es otra que la estrañeza que puede causarles el resúmen de los remedios que hemos propuesto y que acaso se califiquen de socialistas. Admitimos la acusacion, porque creemos que al socialismo demagógico solo puede combatirse con el socialismo gubernamental: al socialismo que destruye, oponemos el socialismo que edifica; á la liga de los partidarios de la Internacional, la cristiana liga de los amantes de la civilizacion.

La segunda observacion que puede hacérsenos se refiere á las dificultades materiales que se oponen al cumplimiento de nuestros consejos; pero tampoco es de gran fuerza.

El gobierno, el municipio y los particulares consagran crecidas sumas á objetos menos importantes que los que perseguimos: la beneficencia y la instruccion pública consumen tambien cantidades muy considerables: aplí-

quense dichos recursos al objeto preferente que ha motivado este artículo y resultarán en lo porvenir dos grandes economías: la de algunos establecimientos penitenciarios, en primer término; la de una revolución social, injusta y perturbadora, mas tarde.

Creemos que bien vale esta economía el leve aumento de gastos que hemos propuesto.

NADA.

Aunque poco aficionado á las luchas políticas, que han de hacer al fin y al cabo la felicidad de España, comprendo que hay ocasiones en que la política es una necesidad.

Es una de ellas, sin género alguno de duda, la que atravieso en este instante, en que acabo de resolver, á imitación de algunos millones de españoles, dar á la estampa mis pensamientos con todas las autorizaciones requeridas al efecto. Y digo esto, porque á fin de seguir en

todo la lógica de los tiempos que alcanzamos, mi heroica resolución cae por su base, debiendo dirigirme al público desde las columnas de un periódico no político y no teniendo que comunicar *nada* á tan respetable colectividad.

Pero, como no hay dificultad capaz de detener al que detenerse no quiere, procuraré llenar mi propósito, torciendo el rumbo, para evitar los escollos en que pudiera tropezar, navegando por el revuelto mar de la política.

Desgraciadamente la citada tendencia exclusiva de nuestra generación, me sale al paso, bien á pesar mio.

¿Quiero investigar el estado social de nuestra patria? Imposible, pues como no hay efecto sin causa, la de que trato no es otra que la política.

¿Hablaré de administración? El campo es vastísimo y agradable; pero la política me vuelve á salir al encuentro, porque la administración al fin y al cabo es una esclava suya.

¿Hablaré de literatura? La literatura es una copia, hecha con mayor ó menor perfección, de la sociedad que la motiva. La sociedad, en medio de sus muchos vicios morales, no tiene ninguno tan peligroso como el afán de la po-

lítica, y la copia sacará por consiguiente los defectos del original. Acaso se me arguya que la misión del literato no es formar una mera copia, sino aleccionar á la sociedad para el bien, mediante la reprension de sus vicios: en este caso habrá siempre que exhibir y execrar dichos vicios, operacion en que no saldrá la política muy bien librada que digamos.

Pudiera, si, hablar de modas; de los matrimonios concertados y roto; de que Fulano ha partido para Leganés, ó Mengano ha vuelto de Getafe; pero esto seria arrebatár á *La Correspondencia* su misión, incurriendo al par en el feo vicio del plagio, tan castigado en el Código penal de la república literaria.

De bellas artes tampoco es posible hacer otra cosa que un artículo necrológico, y los asuntos tristes no encuentran en el dia ningun lector.

Dejemos estas reflexiones, y pues de nada puede hablarse, hablemos de nada por hablar de algo.

Antes de que el mundo, y el hombre, fuesen creados, solo existia la nada, segun los sagrados libros. Ahora bien; retrocedamos á los primeros pasos de la humanidad; alcancemos al

castigo sufrido por Adan, á causa de su golosina; dejemos atrás el episodio de la costilla, trasladémonos fuera del mundo y nos encontraremos con la nada. Este es el punto á que trataba de llegar, y sobre el que me propongo discurrir, por ser la nada un asunto de actualidad, como pocos.

Comprendo que ciertas cuestiones abstractas no pueden ser tratadas sin materializarse un poco para hacerlas mas comprensibles, y voy á permitirme seguir dicho sistema.

La nada es el todo vuelto por pasiva.

El no ser de la filosofía.

El haber pasivo de un cesante, que haya servido menos de veinte años.

Lo que espera el desesperado.

Lo que gasta el usurero.

Ló que teme el valiente.

Lo que respeta el atrevido.

Lo que dicen los periódicos de la Côte.

Lo que gana la literatura con artículos como el que escribo.

La nada se manifiesta en formas múltiples y raras; penetra en el mundo moral y material; se encarna y desaparece; brilla y muere.

Existe, sin ser producido por máquina de

ninguna especie, en el estómago del hambriento.

En la inteligencia de infinitas personas.

Y en el compuesto de lienzos, colores, encajes, flores y cintas, que convencionalmente se llama mujer.

La nada es lo que se debe pedir.

Lo que nadie acostumbra á negar.

Lo que he tratado de definir.

Lo que se puede alegar, despues de pesadas mis razones.

Y lo que sacarán en limpio los lectores.

Si no agrada el cuadro, repongamos la accion en su forma activa: oigamos el *Fiat lux*, y recorramos rápidamente el mundo por la senda de la desobediencia, el fratricidio, la desesperacion, el engaño, la curiosidad, la soberbia, y veremos terminar la primera jornada de la tragedia con la salida de los rios, el desbordamiento de los torrentes y la lluvia durante cuarenta dias. La nada vuelve entonces á cer-nerse amenazadora sobre todo lo creado, pero es vencida por la misericordia Divina, que permite la prosecucion de la tragedia, cuyo término y desenlace son imposibles de prever.

Y desde entonces la nada desaparece para

siempre, dejando lugar á un algo que el hombre materializa en la existencia ó idealiza en la esperanza.

Terminamos con una reflexion y un deseo.

Dios sacó al mundo de la nada: el que firma á continuacion solo ha podido sacar de la nada algunas cuartillas.

¡Ojalá le produzcan algo mas que su epigrafe!

FIN.

## INDICE.

---

Advertencia. . . . .	1
Divagaciones económicas. . . . .	3
Elementos de la escritura. . . . .	49
Deberes del hombre. . . . .	68
Un tipo de Moratin. . . . .	75
Los periódicos. . . . .	82
El Tiempo. . . . .	88
El prestamista. . . . .	93
Los sonidos. . . . .	99
La guerra en el siglo XIX. . . . .	106
Madrid á vista de pájaro. . . . .	113
El carnaval contínuo. . . . .	121
Cómo se hace un calendario. . . . .	127
Obstáculos tradicionales. . . . .	132
Fragmentos de un catecismo social. . . . .	139
La clase obrera. . . . .	143
Nada. . . . .	159

---